



Publicación auspiciada por la Intendencia Municipal

BIBLIOTECA
FRANCO ROSSINI

REVISTA
DEL
JARDIN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

(TRIMESTRAL)

Director: CLEMENTE ONELLI

SUMARIO

BUENOS AIRES, MAYO DE 1915.

Idiosincrasias de los pensionistas del Jardín Zoológico.

— **EL DIRECTOR.** — Pigmentos amarillos y

negros en células nerviosas del mono. — **Dr.**

CHR. JAKOB. — La fauna porteña. — **C. ONELLI.**

— Un caso teratológico. — **Dr. CHR. JAKOB.** —

Anacronismos de la secreción láctea. — **C. ONELLI.**

— El cinturón periurbano de bosques y prade-

ras. — **CHR. JAKOB.** — ¡Ojo! Pichincheros de

fielos. — **C. O.** — La fauna y las alturas. — **C. O.** —

Vocabulario de un chimpancé. — **G. GLADDEN.** —

El canario ante el tribunal de la Inquisición. —

C. O. — Disparado errores. — **C. ONELLI.** — Terri-

teru emblema de los boys-scout. — **C. O.** — Sobre

ambos modelos. — **C. O.** — Los animales en la paz

y en la guerra. — Conferencia de **C. ONELLI.** —

Laanas porteñas. — Movimiento administrativo

del primer trimestre.

Época II. — Año XI

Núm. 41

Director: CLEMENTE ONELLI

REVISTA
DEI.
JARDÍN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE LA INTENDENCIA
MUNICIPAL DE LA CAPITAL

EPOCA II — TOMO XI

BUENOS AIRES
IMPRESA DE G. KRAFT, CANGALLO 641
1915

REVISTA DEL JARDIN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

AÑO XI

MAYO DE 1915

NÚM. 41

**Idiosincrasias individuales de
los pensionistas del Jardín
Zoológico.**

XLI

La filosofía contemporánea que quiere disciplinar bajo leyes inmutables el proceso psicológico animal encontrando algo que llaman psiquismo en los infusorios, que da explicaciones satisfactorias o no con los resultados mecanistas de Reth, con las excitaciones inhibitorias de Mischtoot: esta filosofía que encuentra diferencias de cantidad y no de calidad entre la psiquis de los vertebrados y que al mismo tiempo se enamora de la definición de Bergson, sobre el instinto y la inteligencia, las que dice que no difieren de intensidad, sino de esencia, esta filosofía moderna lo deja a uno tan perplejo y confundido como las discusiones teológicas en latín bajo y, en las que, a cada momento, a cada instante, a cada definición se pueda acotar, con la observación personal, o un ejemplo contradictorio, o, lo que es peor, un ejemplo ridículo.

Después de todas esas galimatías filosóficas siempre me ha parecido y continúa pareciéndome más útil hacer psicología animal, anotando hechos y fenómenos, dándoles todavía la nomenclatura aristotética, que será todo lo vieja y empírica que se quiera, pero que es clara como la frase empírica del sol que se levanta y que se pone: archivar esas fichas psicológicas y esperar que la ciencia material y no especulativa, o sea, la ciencia biológica y anatómica, la verdadera ciencia psíquica que maneja tan excelentemente entre nosotros el sabio Jakob, sea la que en el momento oportuno, utilice ese fichero de observaciones y no las ajuste a una pre-teoría, sino a un hecho bio-anatómico que ha encontrado y con el que calza a cabello una observación empírica pero profunda de quien sin teorías filosóficas preconcebidas haya anotado una manifestación psíquica de un animal, sin importársele un bledo de que el problema de la conciencia esté o no esté afuera del campo de nuestras investigaciones filosóficas y si la actividad instintiva o inteligente falte o no de conciencia finalística.

Yo apunto el hecho siguiente sobre los perros esperando tranquilo que el bisturí, el microscopio y los reactivos expliquen un día el porqué del hecho; seguro por otra parte de que la filosofía contemporánea sobre el psiquismo animal no dará contestación satisfactoria y no sabrá decirme cuando es, en el caso que voy a relatar, el momento en que falte o se acentúe la conciencia finalística, el estado subconsciente y otras tantas teorías que por explicar los hechos no hacen más que cambiar de nombre a las cosas.

A los perros no hay necesidad de enseñarlos a ladrar: son naturalmente vigilantes: al contrario, es muy difícil enseñarles a estar callados, cuando así se les exige. Los únicos perros de los cuales se consigue con más facilidad ese silencio,

son los perros de pastor alemanes, mejorados ahora bajo el nombre de perros policiales, de los cuales, si se obtiene ese silencio, no es por una mayor susceptibilidad de obediencia al aprendizaje, sino tan sólo porque es muy reciente en ellos y a veces renovada la cruce con el lobo, el que, excepto los aullidos a la luna y los saludos fraternales o amorosos entre ellos, es animal callado como conviene al carnicero cazador y salvaje que busca una presa.

El cachorro de perro recién a los dos meses de vida da algún indicio de querer ladrar con el objeto vigilante y guardián que se le conoce; poco a poco ese instinto se les va desarrollando y, por lo tanto, no puede llamársele instinto innato, sino adquirido de la madre por imitación y probablemente apoyado sobre una calidad atávicamente afirmada.

El cachorro corre atrás de cualquier cosa en movimiento; trata de comer todo lo que encuentra y el animal ya adulto, así haya sido enseñado pacientemente por su patrón como abandonado a su libre albedrío, revela conocer bien las prácticas de la vida y de la casa donde se aloja y se le desarrolla una inteligencia relativamente notable y por la que sucede que el perro aun no enseñado se familiariza y entiende los ademanes y la mímica de los hombres que lo rodean; pierde por obediencia su instinto de rastreo si es perro de caza, abandona también por obediencia cuando está en presencia del patrón, y por *raciocinio* cuando éste está ausente, su inclinación natural de correr y perseguir a otros animales. Su notoria aversión por los gatos se llega también a dominar perfectamente y, además, a un perro al que no se le haya enseñado a respetar a los gatos y por lo tanto los persigue, por sí solo y sin enseñarle, respeta y deja tranquilo a aquel gato que venga recibido como nuevo inquilino de una casa. En este último caso, al principio es tan sólo un razonamiento frío de respeto a un gato que ha traído su patrón: más tarde, llegará hasta a quererlo.

Un perro bien educado, llegará hasta a dominar el instinto más natural, más fundamental y más perentorio: el del hambre y no robará ni tomará por su cuenta un pedazo de carne, si no se le da o no se le deja en el suelo.

Quiere decir entonces que, el animal provisto de un proceso psíquico suficientemente desarrollado, y más todavía, si ha sido ayudado con la enseñanza, puede dominar e imponerse a sus instintos y durante un tiempo suficientemente largo hasta reprimir sus necesidades fisiológicas, como seguir una hembra en celo y como frecuentemente se ve en perros que, encerrados en un casa donde no se quiere desaseo, sufren el martirio de detener la micción hasta donde, seguramente, el hombre no llegaría a sacrificarse.

Bien, pues, este perro tan maleable, tan obediente, a pesar de los retos, de los golpes que asiduamente recibidos a cada manifestación, no puede detener su genio vigilante y no puede abstenerse de ladrar, si oye ruidos insólitos a la noche y, si es perro acostumbrado a vivir mucho en la calle, a no correr tras los vehículos y jinetes que vayan con velocidad.

Apuntando el hecho, que cada cual puede constatar siempre, es el momento de preguntar en qué ley de la actividad psíquica se pueden catalogar estas asociaciones de sensaciones que se forman en la corteza cerebral del perro; si ellas son susceptibles de explicaciones finalistas o de explicaciones mecanistas, cómo este perro obliga a fenómenos estrictamente fisiológicos pasarlos a la categoría de fenómenos psicológicos que presentan caracteres de conciencia, de adaptación y de finalidad bien aparentes y porqué la concepción del ladrido tan estrictamente mecánica, parece entrar en el dominio de la teleología cuando está tan estrictamente ligado al campo del objetivismo, que puede llamarse hasta exterior, cuando ese ladrido y esa persecución incohercibles son producidos por causas exteriores y ajenas y tan habituales que constantemente se repiten y podrían al fin darle al perro una idea de una

inutilidad de sus ladridos y sus carreras; al perro tan inteligente que sabe que después de sus dos acciones viene la reprimenda inexorable de gritos y de golpes.

*
* *

Y, desde que entre perros estamos, hay que recordar que muchos naturalistas creen todavía en que los perros salvajes. llamados vulgarmente cimarrones, que vagaban y que se encuentran, aunque raramente en la pampa argentina pueden ser autóctonos.

No hay tal: el pelaje, jamás fulvo, como en la generalidad de los carnívoros salvajes, demuestra su procedencia doméstica; pero, sobre todo demuestran este origen por sus continuos ladridos, una vez hechos cautivos. El señor don Esteban de Riglos, hace años donó uno al Jardín Zoológico: si su pelo, algo amarillento podía dar lugar a dudas, no así sus eternas atropelladas y ladridos de animal bravío; pero que denunciaban a la legua, ser tan sólo un perro bravo.

A su muerte, los estudios comparativos hechos con el cráneo y con el tren posterior, comprobaron del todo, su origen doméstico y su buena denominación vulgar de "perro cimarrón".

*
* *

Entre la marra, malamente llamada liebre de Patagonia y el conejo, sea este lapin de Garenne o el lapin de Choux, como dice Daudet, hay mucho trecho; sin embargo, los dos suelen tener o no, ad libitum, una costumbre.

Hay conejas acostumbradas a fondos de casas, las que, una vez que han tenido cría, en una pequeña cueva que han escarbado ellas mismas bajo tierra, amamantan allí a los chucuelos, y salen después a sus pastoreos y paseos habituales, previa la operación de tapiar la puerta de su alcoba con tierra la que comprimen y endurecen con golpes metódicos de sus patitas traseras. Otras conejas en las mismas condiciones de habitat, no piensan en ese detalle, y otras que viven en conejeras con dormitorios hechos de cajones, ponen alguna rara vez como cortinado a la entrada del nido, algunas hojas de las verduras que se les arrojan.

Las liebres de Patagonia, en libertad, viven siempre en cuniculos subterráneos: en el Zoológico, a fin de obtener reproducción, lo que no se conseguía en jaula, fueron dejadas sueltas por el jardín algunas parejas. Escarbaron sus habitaciones entre un macizo de flores y las que, allí habitan, se han reproducido ya cinco veces, solamente en la cuarta parición tuvieron la advertencia de disimular la entrada de la cueva, aunque muy groseramente, con unas hojas de geranio y un manojo de pasto recién cortado.

Hagan los psicólogos las averiguaciones del caso para saber el porqué algunas veces tienen esa precaución y otras la descuidan. Si la costumbre es innata y por lo tanto, instintiva, tendría que ser repetida mecánicamente en todos los casos. No puede decirse que responda a un acto consciente de precaución en determinados casos, porque en el jardín nunca ha habido fox-terriers sueltos. No se puede decir tampoco que sea un instinto atávico de herencia alternada, porque estoy casi seguro que la reproducción obtenida en el jardín ha procedido siempre de los mismos individuos.

Si las liebres fueran gente, fácil sería decir, que el proceso psíquico de observancia o no de tal acto, respondería a distracciones vulgares. Pero, en el concepto de la psicología

animal, no puede subsistir, sobre todo en las funciones de seguridad de sucesión tal clase de distracciones a las que sólo están sujetos los seres privilegiados por su inteligencia.



¿Quién no conoce las tradicionales palomas de la plaza San Marco en Venecia, alimentadas exclusivamente con el óbolo cereal de los extranjeros? Dicho sea de paso, debido a la escasez de turistas a Italia en los últimos meses, esas palomas en este año han sido alimentadas a expensas de la comuna. ¿Quién no recuerda los cortos volidos de las inquietas palomas, por las cornisas y los tímpanos de las iglesias romanas? Esa preferencia por los pináculos de los templos ha hecho creer, paréceme erróneamente, que las palomas son atraídas por el zahumerio del incienso.

Estos pájaros, traídos desde hace mucho tiempo a Buenos Aires, han cambiado algo de sus costumbres, como buenas inmigrantes han sabido que estos no frecuentan las iglesias, que se viene a América "per far l'América", y no se albergan ya entre los frisos de iglesias, que por otra parte no son nada monumentales, y buscan una vida cómoda, sin mucho traque-teo de viajes, tan solo en aquellos parajes donde la vida sea fácil y la comida abundante y a la mano. Consecuentes con este principio de correcta manera de interpretar la vida han honrado al Jardín Zoológico, declarándolo su cuartel general: calculamos que entre las cariátides, las coras y los mascarones y recobecos de la exótica arquitectura de los pabellones, viven más de dos mil palomas, las que, calculando su alimentación en cien gramos por cada una, sustraen en los pabellones y en los comederos doscientos kilos de maíz diariamente. Y no hay manera de impedirlo, pues si se espantan de donde comen los pájaros en libertad, éstos naturalmente no se acercarán a

la comida y además picotean tranquilas e impertérritas en los comederos de los ciervos, de los antílopes, de los búfalos, de los bisontes, donde ellas no son molestadas, pero donde un hombre sería aterrado a cornadas.

Una vez intentamos capturarlas con maíz remojado en alcohol; las avutardas, algunos cisnes y los pavos reales agarraron una mona tal que hubo que desterrar radicalmente el remedio con una ley prohibitiva como la del ajenjo en Francia, considerando inútiles los discursos de templanza a la Mr. Grey. Y las palomas siguen pesando al erario de la comuna con su bolsa y media diaria de maíz.

Otro paraje donde se han instalado las palomas, es el puerto de Buenos Aires, donde viven arriba de los depósitos de aduana y sobre todo alrededor de los elevadores de granos. Desde el puerto, y como recuerdo atávico de sus viejas costumbres europeas, y que no está en contradicción con su nueva manera de ser, se refugian algunas en el Frontón y en las barrocas estatuas de la fachada oriental de la casa de Gobierno, único paraje donde en la ciudad suelen verse palomas. La iglesia del Salvador, con sus capiteles, su corniza, su olor a incienso y sus jesuitas, no ha conseguido atraer las palomas que forman la vida integrante en las alturas del tímpano en las iglesias de Jesús y de San Ignacio en Roma.

*
* *
*

En los grandes tratados de zoología, en los libros en que se trata de las costumbres de animales, al describirlos frecuentemente se encuentra agregado al final de las notas biológicas: "No se reproduce en cautividad".

Debido a esas nociones generales y a que realmente en los jardines zoológicos de Europa muchos animales no se reproducen, nuestro establecimiento tiene fama (bien merecida por

cierto), de que en él se obtiene frecuentemente la reproducción de mamíferos.

Es un mérito pero no un milagro, y esta frecuente reproducción en esclavitud, responde a criterios más amplios y con frecuencia a una dosis mayor de atrevimiento por parte de la Dirección al asumir responsabilidades.

En Londres, por ejemplo, el Jardín Zoológico provisto más abundantemente de animales de talla y de precio, difícilmente se juntan los dos sexos, de miedo que en la lucha de la época del celo, por la brutalidad del uno o de la otra o de los dos, puedan lastimarse seriamente y morir animales valiosos.

En todos los jardines zoológicos, al soltar a los elefantes en algún corral, se tiene la precaución de largarlos con un grillete de dos metros a la rastra: a principios de 1904, aquí también observábamos la misma costumbre, pero resultaba que a la primer tentativa de salto del uno, la otra recibía en pleno costillar un involuntario pero enérgico cadenazo que hacía más remisa y más esquiva a la hembra. Provéimos entonces de mayor seguridad los puntos de acceso al público y quitamos esa traba a los animales. Por cuatro meses fué la pareja estrictamente vigilada pero no molestada y tuvimos por resultado que después de veintidós meses de gestación, apareció en el mundo la primera cría engendrada y nacida en completa esclavitud.

En otra clase de animales valiosos siempre se ha tratado de obtener parejas muy jóvenes, antes del desarrollo de los instintos genésicos, a fin de que cuando éstos se maduraran la *accotumance* de la cohabitación hiciera más difíciles las luchas posibles. Compramos así en 19.000 pesos un hipopótamo de trescientos kilos de peso, y la hembra de doscientos cincuenta, que llegaron poco a poco a una corpulencia de dos mil quinientos y dos mil kilos, sin malhumores, sin luchas; y obtuvimos dos veces cría. En Inglaterra una vez y otra en

Dinamarca, obtuvieron una cría, la que se malogró debido a que las madres torpes y celosas las aplastaron en los primeros días del nacimiento. En nuestro jardín se hizo de manera que, así en el baño como en el establo la hipópótama se encontrara absolutamente sola con su cría y se les dejó su libre albedrío; eso costó no pocas noches en vela para el guardián, el jefe guarda fieras y el director, estratégicamente escondidos en la tiniebla nocturna para dar las señales de abrir y cerrar las puertas, pero se consiguió conservar la cría.

Los ciervos machos, insoportables y crueles en la cohabitación continuada con las hembras durante el celo, fueron también obligados a procrear y a no matar las compañeras; y eso se obtiene todos los años con alguna artimaña y un poco de vigilancia; se deja al macho con sus grandes cornamentas en el corral grande, separado por medio de verjas corredizas por donde fácilmente puede pasar una hembra pero con mucha dificultad un macho, por las ramazones de sus cuernos: cuando éste, fastidiado, empieza a correr a sus compañeras a ellas les es fácil penetrar al refugio conocido: y cuando el macho, detenido por su impedimenta, quiere penetrar en posición sesgada, el guarda fieras desde afuera tira una cadena y corre la providencial cortina. Así nunca nos falla la reproducción de ciervos, la que sin embargo, desgraciadamente nos es muy embarazante debido a que nacen tres veces más del sexo masculino que del femenino, y antes de dos años hay que separarlos y buscarles ubicación, debido a su carácter pendenciero.

Otras veces para conseguir la cohabitación inócua de casales (pues siempre tratamos de que en nuestras colecciones haya pares), juntamos hembras más adultas y más grandes y por consiguiente más robustas, con machos jóvenes y menos desarrollados, siendo siempre el macho el ciego y el impulsivo en los principios y al finalizar la época del celo, hay menos probabilidades de peleas, pues parece que esta cegue-

dad impulsiva se contiene y razona cuando calcula que en una atropellada puede llevar la peor parte. En eso veo yo el génesis del amor calculador, que existe más desarrollado en la especie hombre.

Poseíamos una girafa hembra, bien adulta y que alcanzaba a arrancar las hojas de los árboles hasta una altura de 5 m. 20: buscamos el macho y la casa Hagenbeck nos ofreció tres machos, de los cuales el más grande alcanzaba a 4 m. 90 y el más chico a 4 metros. Optamos, naturalmente, por este último a fin de que al juntar la pareja era preferible a la incompatibilidad de carácter, la incompatibilidad momentánea de estatura. Tardaremos así un tiempo más, pero tenemos fundadas esperanzas de que cuando llegue el momento (llego todavía), tengamos cría; para nuestro orgullo será la primera engendrada en cautividad y la segunda nacida en un jardín zoológico.

Estas pequeñas *manigances* no rezan con los felinos ni con los úrsidos: con ellos hay que concretarse a una cohabitación desde la primera infancia, o a veces, a una larga estadía de jaulas cercanas y visibles para obtener una cierta corriente de simpatía, pues de otra manera, ya sean de igual fuerza o sea la hembra la más poderosa en el primer momento de la comunidad de habitación, suceden peleas fatales: lo que quiere decir que en esas familias de mamíferos es completamente desconocido el *coup de foudre*.

Sucédenos, sin embargo, que por falta de comodidades y por tener que reunir en ciertos momentos mayor número de ejemplares de una misma especie, siendo difícil obtenerlos en el preciso momento, debemos hacinar, por ejemplo, los monos en jaulas comunes. Sucede entonces que en esa promiscuidad de conventillo, no son posibles matrimonios bien habidos; todo es estorbo, todo es escándalo, todo es bochinche, todo es envidia y todos son perros del hortelano.

Nos pasa algo igual en cuestión pájaros, así entre los

hacinados en las jaulas, por imposibilidad de mayores divisiones, como también en los muy numerosos que andan en libertad, pues si sirven de adorno en nuestros lagos y nuestros parterres, viven tan sólo en una parente armonía de conjunto, que cesa de inmediato apenas termina el cambio de la pluma y empiezan las veleidades y los pródromos de la procreación. Los cisnes blancos no admiten en muy amplio espacio de laguna la frecuentación de otros palmípedos grandes y chicos, cuando han resuelto incubar. Los cisnes negros, cuando resuelven eso, buscan escapar al radio de acción de los cisnes blancos que, efectúan un verdadero bloqueo y al mismo tiempo son verdaderos corsarios. Los cisnes de cuello negro prefieren no procrear y mantenerse en una neutralidad no siempre respetada. Los patos de menor calibre y los gansos de Tolosa, son los que relativamente gozan de una apacible felicidad no molestada; pero ean sólo en el caso de que sus nidales de huevos no sean sorprendidos por las grandes garzas de Siberia, las que reducen todo a tórtilla, y si ellas resuelven poner huevos hay que aislarlas con amplios cercos para que no atropellen a animales y a hombres.

Y he aquí porque, mientras el Jardín Zoológico es notado en el exterior por la frecuente reproducción de animales raros tienen en cambio un mediocre aumento de los animales más comunes.



Paréceme que las golondrinas de América, por lo menos las que libran su vuelo sobre la ciudad, tienen costumbres diferentes de las que frecuentan las ciudades europeas.

Si se quiere que las golondrinas de aquí, sean las mismas que las de allá, quiere decir entonces que aquí alteran sus hábitos: verdaderas inmigrantes como son repetirían lo que repiten algunos listos inmigrantes, que al reprocharles algo

contestan con la frase consagrada y ya sabida "eh; siamo in América".

Las golondrinas allá en las ciudades del viejo continente aparecen generalmente en días lindos y de alta presión barométrica, vuelven a ocupar los antiguos nidos y quedan una gran temporada en el punto elegido hasta las agitaciones, los meetings y la partida que se efectúa en algún día lindo de otoño y siempre con barómetro alto.

En Buenos Aires no hay niña a la que se le pueda cantar "de tu balcón los nidos a colgar" porque aquí el balcón del poeta es la línea de gotera de los techos de teja. Pero, hay aleros, hay cornizas, hay pisos donde podrían albergar; sin embargo, no lo hacen.

En la campiña cercana a Buenos Aires suelen verse a ciertas horas, pero en poca cantidad. En el corazón de la ciudad no suelen notarse sino alguna rara vez y en vuelo muy alto. Pero, en el Jardín Zoológico donde las plantas, el saber si hay que regar o no regar, el cuidado de los animales, me obliga repetidamente a levantar la nariz hacia las estrellas, a lo Martín Gil, contribuye a que yo sepa siempre bien cuando llegan las golondrinas, cuando se instalan y cuando se van.

Pero he notado lo siguiente: vienen a Buenos Aires como *commis-voyageurs*: estos toman pieza fija en un hotel; pero, frecuentemente se ausentan días y días en sus viajes al interior.

En esta estación las golondrinas llegaron a fines de Octubre: era un día templado y húmedo de viento noroeste, de barómetro muy bajo; era un grupo de poco más de cien: a las 10 de la mañana estaban casi todas posadas sobre el cable de la Gálveston que atraviesa el jardín: parecían cansadas: a la tarde no estaban allí, ni tampoco volaban sobre el parque, a pesar de que, con la humedad de la atmósfera, los mosquitos, uno de sus alimentos, eran abundantes: dos o tres días después y por algunas semanas y con muy pocas interrupciones, las ví volando en las horas de la tarde hasta que, a principios

de Diciembre desaparecieron por completo; coincidió esta desaparición con una temperatura relativamente muy baja para la estación. En Enero y en la primera mitad de Febrero cada vez que las he recordado las he vuelto a ver en las últimas horas de la tarde. Después, desde las fechas precisas del 21 de Febrero hasta el 25 de Marzo, no las he visto volar a ninguna hora del día.

Recién en esta última fecha las he visto muy numerosas, a las 2 de la tarde, volar sobre el establecimiento sin detenerse en los gruesos cables de la Gálveston como suelen hacer cuando preparan el viaje de emigración: han repetido estos volidos hasta hoy 30 de Marzo con días espléndidos de sol y con presión barométrica altísima como difícilmente sucede en Buenos Aires.

Ahora cabe preguntarse: ¿dónde duermen a la noche estas golondrinas? a campo raso, en los árboles, en los hilos telegráficos de la campaña?

En nuestro Jardín Zoológico tienen todo eso y, además, una cantidad de rincones y recobecos, y cuevas, y aleros, y frisos, y cornizas, y almenas, y troneras; y al oscurecer infaliblemente desaparecen hacia el sudoeste, sin haber sabido jamás que alguien haya visto bajar a las golondrinas en busca de reposo nocturno. Si esto se explica por la falta de observación en terrenos relativamente malos de habitantes y más malos de observadores, no se explicaría la antipatía que le tienen en América a la habitación humana tan preferida por ellas en Europa, si no fuera porque allá buscan un abrigo seguro para efectuar su nidificación, mientras que aquí siendo animales de una reproducción sola anual, llegan en tren de alegres turistas y duermen donde les toma la noche.

Todas estas observaciones pueden tener cierta exactitud aproximada si nuestras golondrinas veraniegas son las peregrinas de vuelta de Europa; pero fallan en gran parte si ellas son autóctonas y solamente transmigrantes entre provincias y estados vecinos, según la benignidad del clima en las

diferentes estaciones de esta o aquella comarca. Responderían entonces las prolongadas ausencias a excursiones relativamente cortas para el gran volido de una golondrina y a los semi-ale-targamientos de las mismas durante el invierno en escondites desconocidos, lo que me confirmó Leopoldo Lugones, contándome una vez, sus hurgueteos estudiantos cuando muchacho y lo que confirmaría también la aparición súbita de alguna golondrina en los templados días de invierno.



Bertoldo, el chimpancé de nuestro zoológico, no es un antropomorfo vulgar cualquiera enseñado a hacer pruebas de circo y a remedar acciones humanas casi tan automáticas como el lenguaje de los loros. Su guardián y más que guardián compañero mayor, joven muy inteligente tiene la orden, que cumple muy bien, de secundar tan sólo lo que el mono quiere hacer de su libre albedrío. Peso las palabras y digo libre albedrío, pues lo tiene y lo usa y a veces quiere abusar de él.

Hemos llegado a verlo desenvolverse casi solo, debido a dos estados de su carácter, que son: la obediencia y la timidez. Por la primera se ha obtenido siempre suspender sus correrías y sus jugarretas voluntarias, obedeciendo prontamente a los llamados. Más tarde, ya más independizado y más travieso, se ha obtenido reducirlo a la misma obediencia, que consiste generalmente en querer encerrarlo, sacarlo de los árboles o llevarlo a otro punto, usando la maña ya prohibida en la educación moderna de los niños,—la que sin embargo se mantiene en vigor,—invocando un cuco especial, ante cuya amenaza se rinde su timidez y corre a los brazos de su guardián. Una jeringa pulverizadora, simplemente apuntada contra él en las oficinas, donde a veces suele entrar a revolver papeles, es suficiente para hacerlo retirar de aquel punto. Cuando se

quiere bajar de los árboles o cuando se excita demasiado en sus juegos y sus bromas delante del público, entre el cual hay algún necio curioso, que si se le aproximara le daría de bastonazos, es suficiente que su guardián ahueque un poco la voz y diga tal como a los niños: "Ahí viene el cuco", para que corra en seguida a buscar su amparo.

Hasta aquí nada de especial, pues si dirigiéndose a un perro se ahueca la voz con timbre diferente, y se le dice: busca, busca; el perro, por poco enseñado que sea, sabe que debe buscar algo. Pero Bertoldo tiene otras calidades psíquicas superiores: ante todo sí, desde lejos ve a una persona conocida y que quiere, tiene una verdadera sonrisa, aquella sonrisa que dicen negada a los animales: es sonrisa bondadosa y expresiva y a la que en momentos de gran expansividad agrega una entresacada de lengua, tal como algunos exageradamente expresivos hacen al querer, por ejemplo, dar un beso a un chico. Esta acción de sonreír se acentúa en una muda pero franca risa, cuando alguien de sus allegados trata de hacerle cosquillas bajo las axilas. De estas dos manifestaciones, la primera cambia de actitud en los músculos de la cara y toma un claro aspecto de beatitud cuando se le proporciona un placer mayor a los comunes. Se ha acostumbrado solo a ir en bicicleta, sentado adelante de su guardián: cuando éste aumenta la velocidad, cosa que es de su agrado, da vuelta la cabeza o la echa para atrás, agradeciendo con una cara complacida, bien expresiva, el placer que se le proporciona. Este funcionamiento placentero de los músculos de la cara, es por lo menos igual a las manifestaciones similares de un niño de quince a diez y ocho meses; quizás con un poco más de expresión por parte del chimpancé y seguramente con la ventaja de una visual mucho más lejana, pues el niño ve o se da cuenta a los seis o siete metros de distancia, mientras que nuestro mono, casi a una distancia de cien metros ve y reconoce personas y cosas.

Como un chico de un año y medio, tiene la discreción del bien y del mal, o para no exagerar, de lo que no se le permite hacer impunemente.

A Bertoldo, como a los niños, le gusta llevar todo a la boca; pero Bertoldo sabe que ese ademán le está prohibido, y antes de meterse una piedra a la boca mira de soslayo si el guardián está desatento: y si el hecho sucede y él guardián lo ve, pidiéndosela con ademán, se la saca por sí mismo de la boca y la entrega o la tira.

Nuestro chimpancé, cuando está aburrido, se le cae el labio inferior, como a algunos papanatas, por no decir redondamente a los idiotas: y en ese momento, su mirada un poco apagada, pero siempre escudriñadora, tiene esa misma fuerza de viveza animalesca que suele verse en ciertos adultos que, sin ser completamente idiotas o completamente arriéres, y al contacto de la vida ordinaria con gente siempre burlona con los infelices, tienen pintada en la mirada una continua desconfianza y una viveza escudriñadora y saltarina de ser inferior. Así Bertoldo en los momentos en que la nostalgia lo rebaja un tanto a la animalidad de la que salió.

Nadie le ha enseñado a dar la mano: al contrario, es una de las cosas que apenas se tolera, pues se tiene miedo a que pueda contagiarse de alguna enfermedad: pero es su ademán natural cuando ve a alguna persona con la que simpatiza: extiende él primero, su mano muerta.

Esta manera de ejecutar el *shakehands* que muy poco tiene de *shake*, entre los humanos es propio de los muy orgullosos y de los demasiado serviles (en algo se parecen estos dos extremos): los primeros, quizás por no hacer la concesión completa, los segundos, de miedo de faltar al respeto; pero Bertoldo da la mano muerta por una cierta apatía natural como así también la dan las personas apáticas o muy débiles; pero Bertoldo cuando quiere, sabe negar la mano y retirarla violentamente de quien se la aprete con demasiada efusión.

Don Juan Balbi, el joven que lo cuida y que tiene cierta experiencia con los antropomorfos y los gibones, por haber cuidado a otros, tiene orden de apuntar todo rasgo voluntario de inteligencia para que el Director, cuando tenga tiempo, pueda controlarlos si son dignos de atención. Entresaco, por lo tanto, de sus apuntes, lo que se ha tratado que repitiese en mi presencia.

La puerta de su jaula al abrirse da contra la pared, de manera que no da paso y debería, por lo tanto, el chimpancé dar una vuelta de cuatro o cinco metros para alcanzar a su guardián; pero el procede de manera más inteligente: al correrse el pasador de su jaula, empuja la puerta, sale y vuelve a cerrarla para hacerse paso y encontrarse directamente con su guardián.

Tiene una verdadera pasión por abrir las puertas cerradas: seguramente ha visto y se ha fijado en el manejo de las llaves; y si uno le da un manajo de tres o cuatro con un poco de confusión y de repetición alcanza al fin a encontrar la que sirve al objeto; podría considerarse eso como una imitación que, entre paréntesis, nadie le ha enseñado, pero hay por lo menos la no poca habilidad de saber embicar bien el ojo de la cerradura, cosa que a veces es dificultosa hasta para mis peones analfabetos y que seguramente no ejecuta con tanta seguridad un niño de cuatro a cinco años. Tiene, además, unos gestos de impaciencia muy humanos, cuando después de tanto bregar, ninguna de las llaves que se le han dado o que se ha buscado va bien en la cerradura; baja al suelo impaciente, y sacude, y patea la puerta que no cede. ¿Quién probando y volviendo a probar llaves, no ha perdido de igual manera la paciencia y ha sacudido la puerta o el mueble cerrado?

Mi planta del pie menos callosa y más sensible que la de él que anda descalzo, sin mayores molestias puede pisar un felpudo de yute: otros chimpancés, gibones y orangutanes cuando vivían han pasado y se han sentado sobre felpudos, Bertoldo todos los días entra a las oficinas o a otras partes que

en el umbral tienen ese tapiz: debe haberlo pisado por lo menos una vez; pero ahora por más entretenido o distraído que esté, los evita demostrando claramente una enorme repugnancia. Calculo que es una pequeña anomalía nerviosa igual a la mía y por la que no puedo tocar peluche y algodón en rama, sino haciéndome una verdadera violencia.

Al ir en bicicleta vió que su guardián tocaba el timbre: él también quiso hacerlo y pronto lo consiguió manejando el resorte con el índice, como se asegura que la inhabilidad de las manos del mono depende de su pulgar pequeño y casi atrofiado de movimientos, indiqué a su guardián que en ese solo case le enseñara a manejar el pulgar, tocando el timbre, aprendió en seguida y al día siguiente se le volvió a enseñar y desde entonces lo hace. He venido observando que no es un riguroso ambidextro, por cuanto tiene una pequeña preferencia por trabajar con la mano derecha, y en sus urgueteos y andanzas emplea los pulgares más frecuentemente que otros monos.

Entregándole un palo de poco más de un metro, suele treparse en él jugando. Un día, para alcanzar un terroncito de azúcar, suspendido a un hilo, viendo que con sus saltitos no alcanzaba, tomó el palo e hizo dos o tres veces hasta completo resultado el salto de la garrocha.

Es un olfativo: al dar la mano, infaliblemente se la huele; pero se le ha hecho tan automático este movimiento de mal criado y que por lo tanto nadie le ha enseñado, que si extiende la mano y alguien no se la acepta, él huele lo mismo la propia.

Y tiene otros actos automáticos, casi inconscientes y que sin embargo recuerdan hechos análogos de niños. Bertoldo, por ejemplo, se lastimó un día una mano, y a cada rato se la miraba; pero cinco o seis horas después de haberse lastimado, se equivocaba y se miraba la otra: precisamente como los niños, cuya cerebración pierde a veces la facultad de ubicación: un niño que se ha golpeado, por ejemplo, en la mejilla derecha, una vez pasado el dolor de la primera impresión al

preguntarle "donde se ha hecho nana", frecuentemente indica la otra mejilla.

Jugó un día con unos hurones, metiendo los dedos por entre las mallas del tejido: lo mordieron y desde ese día, al pasar frente a esa jaula grita de cierta manera que parece querer hablar. Esa experiencia dolorosa lo ha hecho más precavido: le gusta ir a irritar a los perros y a los zorros, pero tal como hago yo con ciertos cinocéfalos que tienen reja de malla fina, no entra los dedos sino que arrima todo el largo del brazo a la reja y goza con la impotencia rabiosa de los animales encerrados.

Es de naturaleza muy bondadosa, pero cuando hay a su alrededor mucho público que lo saluda, lo llama y se interesa por él, se pone nervioso, se excita y a veces trata de morder.

Bertoldo es, además, un anticlerical decidido y un libre pensador que aborrece las sotanas sacerdotales. Como el pensamiento libre, en el zoológico por lo menos, lo interpretamos como respeto a las ideas de los demás, tengo expresamente ordenado al cuidador del chimpancé que no le permita absolutamente desahogos de su antipatía. Y es lo que más le cuesta impedir. Si va en bicicleta y el acompañante no lo sujeta fuertemente por un brazo, se precipita al encuentro del clérigo que vea, llegando el guardián apenas en tiempo para impedir que los tirones y los mordiscos a la sotana progresen hasta las pantorrillas. Más que los bombones, Bertoldo prefiere los manís y su cuidador los tiene siempre listos y reservados para el caso de un encuentro con un clérigo; más que la gula puede el anticlericalismo: en ese momento no acepta nada sino forcejea para ir al encuentro de su fantástico enemigo. El cuidador ha probado otra treta que le da suficiente buen resultado: cuando lo lleva de paseo en su bicicleta y ve venir a un clérigo, le tapa los ojos con la mano hasta que haya pasado: apenas levanta la venda el mono hace verdaderos esfuerzos de torsiones de pescuezo para ver donde va. El hecho es curioso, lo notamos ya otra vez en

un león nacido en el Jardín Zoológico y que se enfurecía al ver pasar sacerdotes. Mujeres vestidas de negro, guardianes con impermeable negro no despiertan absolutamente la antipatía de Bertoldo; pero si la veste talar, aunque sea el sayal marrón de los secuaces de San Francisco de Asís, el seráfico amigo y hermano de los animales y que hubiera puesto más a prueba su acendrado amor hacia ellos, si se le cruzaba por el bosque, nuestro Don Bertoldo.

*
* *

Si los hechos y las cosas del mundo exterior impresionan de diferente manera o con diversa intensidad a la psiquis animal a través de su escala, cuando estos hechos no sean, por ejemplo calor, luz o algo que influye sobre la parte física, quiere decir que estos animales poseen una conciencia sin la cual esas impresiones no se revelarían.

Esta conciencia se revela por actos esenciales manifiestos, más o menos intensos y por los que son susceptibles de ser hasta catalogados como en una libreta de clasificación escolar.

Me considero buen conocedor de los animales, como si fueran mis discípulos,—y que lo son,—desde varios años: pero como no quiero hacer una clasificación individual sino un resumen por familia, daré un término medio, el que oscila muy poco tomando en bloque, por ejemplo, a todos los ciervos, a todos los monos, a todos los felinos, etc.

Como mi sistema de observación no es violento a la Thorndike que encasillando, no sólo en jaulas especiales a los animales, sino también al automatismo inconsciente que produce con su sistema, debo declarar que en los once años que frecuento y observo a mis animales, dueños relativamente de su libre albedrío, no puedo aún hacerme apóstol de una filosofía especial de psicología zoológica, y menos aún plantear teorías que quizás en la mayor parte de los casos están en contradic-

ción con las ya aceptadas de maestros: me limito, por lo tanto, a presentar esas clasificaciones no con esos diagramas de círculos negros y blancos como de eclipse solar, sino con la clasificación pedagógica y tan fuera de moda del 1 al 10, la que será menos gráfica pero que a mi conciencia responde perfectamente al valor constante que doy a cada grupo animal en sus aptitudes esenciales y primordiales de su psiquismo, que se revela con fenómenos diferentes de calidad y cantidad.

Estos fenómenos son: la curiosidad, la observación, y los dos un poco más elevados, la atención y la memoria. En contraposición a estas calidades, trato también de clasificar la noncuranza o indolencia que llamarse quiera, y la distracción; sin que estas calidades negativas sean del todo exactas en rebajar los puntos correspondientes en las calidades positivas que le corresponden.

A fin de que la clasificación sea de una eficacia más comparativa, agrego como cabecera de lista al hombre y al niño de 4 años, confesando paladinamente que en estos dos puedo equivocarme, pero lo creo más difícil en las especies inferiores:

	Curiosidad	Observación	Indolencia	Atención	Distracción	Memoria
Hombre (común) . . .	7	7	3	8	2	10
Niño (4 años)	8	8	1	3	9	7
Monos .	9	9	0	2	10	6
Cánidos.	5	5	1	9	2	7
Ursidos	2	0	8	3	4	?
Felinos .	1	1	10	0	0	5
Roedores	2	0	0	10	?	3
Otáridos (focas) . . .	4	8	4	3	?	?
Desdentados (peludos)	1	0	0	9	?	?
Elefantes.	8	3	2	5	6	7

Para mí el cuadrito anterior es muy sugerente, pues cada clasificación me representa y me trae a la memoria un

sinnúmero de hechos que he observado y con los que he podido aquilatar cuantitativamente y con plena conciencia, esas facultades.

Antes de darlo como resultado definitivo de mi observación, he vuelto a llenar las planillas en épocas diferentes, sin leer la primitiva, resultándome siempre que alguna vez viendo con más rigor y otras veces con más benignidad a los sujetos para clasificar, si se diferenciaba esta clasificación como más alta o más baja, siempre llevaba un criterio uniforme para todos los clasificados y proporcionalmente para todos, o más benigna o más severa.

En la planilla el punto de interrogación denota cuando no sé, mientras que el cero denota la completa ausencia de la manifestación psíquica en determinado sentido, para comprender mejor y sin mayores explicaciones lo que entiendo por la manifestación "indolencia" y la manifestación "distracción", diré que entre los felinos, los leones y los gatos caseros, son los que con su magnífica indiferencia, mejor demuestran merecer el 10 de la planilla: en un examen deberían, además, ser felicitados por la mesa. En cuanto a la distracción los más excelentes poseedores de esta que casi llamaré facultad negativa, son los monos, que merecen un 10, a los que siguen los niños, que merecen un 9; los de más baja clasificación, a mi parecer son el perro y el hombre.

Esta facultad de no distraerse fácilmente, de no ser indolente y de tener una mediocridad suficiente de curiosidad, observación y memoria son las facultades que contribuyen a hacernos parecer tan inteligentes a los perros: por el cuadro anterior el perro es el mejor equilibrado en esa clase de manifestaciones psíquicas primitivas.

De lo que resulta que en el mundo psíquico inferior como en el superior el equilibrio de las facultades intelectuales constituye el mejor conjunto para sobresalir en un ambiente homogéneo y mediocre. Digo esto último para salvar a los genios

que según la creencia general tienen que ser algo desequilibrados.

*
* *

¿Conocen los animales el suicidio, ese supremo acto de coraje del débil que desfallece ante las miserias inmensas de la vida? Si lo conocen es quizás el acto más reposado, más meditado y que aboga por completo en favor de una inteligencia definida y razonadora que sabe cometer ese enorme acto de rebeldía contra el instinto más arraigado en la vida animal: el propio y supremo instinto de la conservación del individuo, más fuerte que todos los demás, pues éstos ya sean los fisiológicos como los psicológicos están supeditados a él porque por él y con él forman el conjunto de la vida. Dejemos a un lado la historieta del escorpión que rodeado por un aro de fuego, al buscar la salida que no encuentra, se mata clavándose el aguijón venenoso, pues ese animalito nocivo, al acercarse a la llama se ha chamuscado y el dolor de la quemadura lo hace retorcer hasta clavarse la uña ponzoñosa. Dejemos a un lado al animal salvaje y tímido, que en el terror de la fuga o de la prisión se golpea ciegamente contra las piedras, los troncos de los árboles o los barrotes de una jaula y recordemos más bien aquellos casos individuales, que constan de verdaderos suicidios. No son muchos, en verdad, los que para satisfacción de los humanos vuelven a reintegrar a la bestialidad sin discernimiento, a la gran masa de la fauna; pero con eso resulta que los pocos individuos que quieren y que saben suicidarse vienen a ser la élite, los privilegiados, algo así como los raros genios de la especie, que saben rebelarse contra la gran ley natural, cuando ésta para ellos se desequilibra, acentuando su independencia, que tal es la muerte, por lo menos para un animal, pues "oltre la tomba non vive ira nemica".

Los perros, estos sensitivos, son los que dan el mayor número de suicidios bien constatados, teniendo generalmente por causa la muerte de un ser querido. Estos suicidas, generalmente son perros huraños para con todos, menos con el patrón, generalmente un raro, un misántrope, un solitario que adora a su perro sin mimos y con el que comparte la vida. Y a la muerte de su patrón el perro se entristece, el perro no abandona la fosa, el perro se deja morir.

Yo he conocido a un mono, Petronio, el magnífico orangután del Zoológico, cazado en el pleno vigor de su vida y que visiblemente aterrado por la nostalgia más sombría de su libertad perdida, en poco más de un mes, se dejó lentamente morir de inanición, no tentándolo ni las primicias, ni el agua misma en los grandes calores del verano, cuando ya el suplicio de la sed reseca sus pobres labios anémicos y consumidos, sorbía un trago, refrescaba un momento su boca seca y, consecuente con el lento martirio que se había impuesto, después de un largo buche lo arrojaba. ¡Pobre mono! ¡Cómo entendía yo tu mirada escudriñadora, que me decía tan claramente de abrir los cerrojos de tu encierro! ¡Pobre mono, cuando tú volvías a echarte resignado, yo bajaba la vista avengonzado de tu lenta muerte de la cual era involuntario cómplice! Tu recuerdo, tu lento suicidio, hoy a los cinco años, me roe todavía la conciencia, esa conciencia que no se me tranquiliza con la justificación de los altos deberes de carcelero para la seguridad pública, que me obligaba a verte morir.

Y hoy, un caso nuevo, menos triste para mí, pues no lo conocía: un caballo que se suicidó en Mar del Plata en los primeros días de Abril y que me lo comunica un amigo, un médico, que al enviarme la noticias, agrega en una tarjeta: "Habiendo sido testigo ocular de la narración que le adjunto y con la cual fuí grandemente impresionado, se la remito, asegurándole que lo narrado es exactamente tal cual ha sucedido".

Me hubiese gustado conocer la historia, los antecedentes como se dice en lenguaje policial de ese drama para vislumbrar al menos qué ha pasado por esa cerebración caballina. A mi amigo, el Doctor X, no le fué posible saber nada; pero no importa al fin, pues se repite la historia de cientos de tragedias humanas: un suicida, cuyo nombre no se ha podido averiguar y cuya historia siniestra que lo llevó al paso supremo tampoco se conoce. Se parece tanto la crónica de mi amigo a la historia de otros suicidios por inmersión que tal cual la trascibo:

Mar del Plata, Abril 6.—Mañana nublada, fría, caía una “llovizna fina que hacía más triste el cuadro que contemplábamos”.

“El mar agitado, grandes olas rompían en la playa, a lo lejos se veía el mar enojado”.

“Nos encontrábamos parados en el extremo de la rambla vieja contemplando el mar, cuando fuimos sorprendidos por la presencia de un caballo que se dirigía a pasos precipitados en dirección a la costa; penetró en el agua directamente y como a los veinte metros empezó a nadar hasta una distancia de cien metros; la fuerza de la corriente que en ese paraje es muy sensible y el empuje de las grandes olas lo llevaron hasta el muelle de Mezquita, donde probablemente fué azotado contra el maderamen: allí luchó varios minutos, pudo pasar al otro lado del muelle continuando a nadar mas a fuera; se notaba a la distancia que el animal perdía fuerzas y no podía vencer el empuje de las olas que lo arrastraban hacia la orilla adonde no quería volver; se veía a lo lejos solamente la cabeza hasta que el oleaje lo llevó hacia un paraje donde pudo hacer pie: allí se detuvo un instante y en su firme voluntad de morir, dobló las rodillas y las olas pasaron frecuentes sobre su cabeza. Ya no se volvió a ver el cuerpo del suicida”.

Hallazgo de pigmento amarillo y negro en las células nerviosas de un mono adulto, por el Prof. Dr. Chr. Jakob.

Un cinocéfalo mandril, el ejemplar más adulto y más hermoso que se haya visto jamás en los jardines zoológicos del mundo, tenía una enfermedad crónica que no había nunca revelado síntomas, la que hizo crisis en dos o tres días con un edema en toda la región inguinal, muriendo rápidamente y con una agonía dolorosa en pocos minutos.

El Director del Jardín Zoológico, quiso hacer él mismo la autopsia; pero al abrir el abdomen se encontró con que saltaban por todas partes, en enorme abundancia unas vesículas lisas de quistes hidatícos, y le pareció tan raro el caso, pues jamás se ha hablado de esta enfermedad en los cuadrumanos a pesar de su alimentación de raíces de hortaliza,—que, quiso un estudio más prolijo, cosió el abdomen y llevó el hermoso animal al doctor Jakob, para el cual es una verdadera fiesta recibir una importante pieza de estudio.

Por la autopsia que publicamos a continuación, se verá la importancia que tiene el animal y debemos agradecer al sabio neurólogo los resultados que nos envía y que siguen siendo una prueba más de que los materiales del Jardín Zoológico son utilizados tan bien, que pueden servir hasta para disipar errores arraigados en los tratados de altos estudios.

Dice el breve informe:

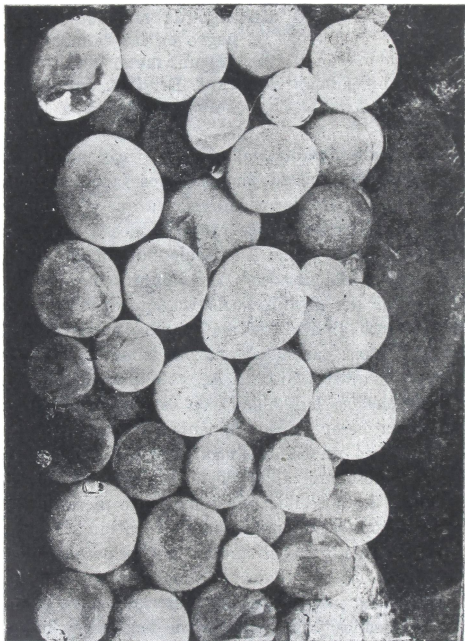


Fig. 1



Fig. 2

Distinguido Director:

Le remito el resumen de la autopsia del Mandril.

Quistes hidatídicos múltiples del peritoneo, de la pleura y del pulmón. En la cavidad peritoneal existen cuatro quistes del tamaño de naranjas grandes, llenos de vesículas lisas (figura 1), sobre el diafragma, en la cavidad pleural izquierda, dos quistes algo más pequeños, y en el óbulo superior pulmonar izquierdo otros quistes (figura 2).

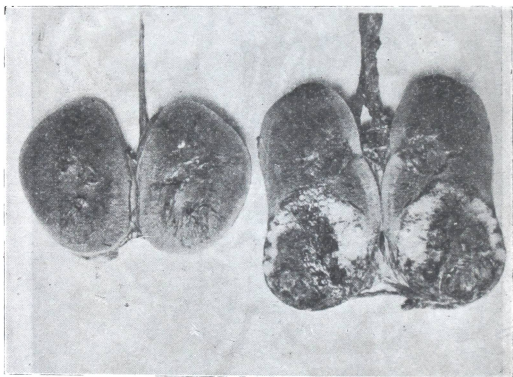


Fig. 3. — RIÑON DERECHO CON TUMOR. — IZQUIERDO NORMAL

Cirrosis hepática avanzada. En el riñón derecho un tumor (figura 3), que al corte revela ser un quistadenoma (microfotografía, figura 4).

Pero más interesante que todo eso era para mí el hecho de poder examinar en ese mono de más de veinte años, la existencia del pigmento amarillo y negro de las células nerviosas. Hasta ahora se creía que la acumulación de pigmento en mayor cantidad en el sistema nervioso, era propio del hom-

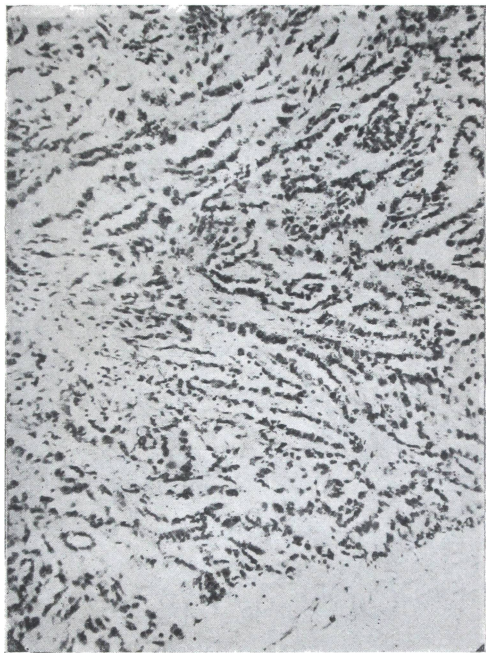


Fig. 1. — MICROFOTOGRAFIA DE UN QUISTADENOME

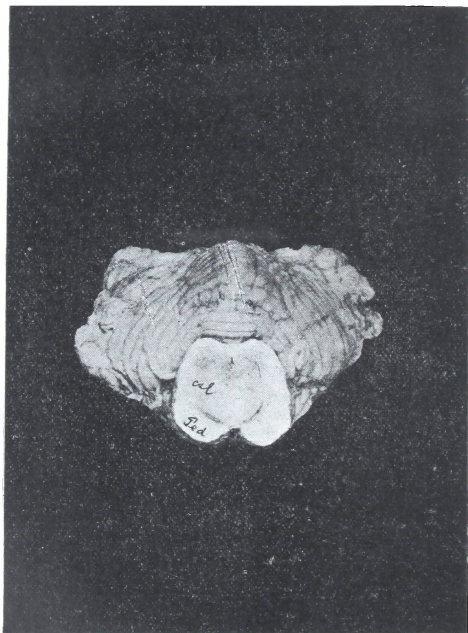


Fig. 5. — SUSTANCIA NIGRA VISTA MACROSCOPICAMENTE



**Fig. 6. — PIGMENTO NEGRO DE UN GANGLIO
CEREBRAL DE MANDRIL**

bre, así que por ejemplo una substancia "nigra" de Soemering en el sentido estricto de la palabra, no debía existir; y efectivamente en los monos de pocos años (que es lo frecuente), ella no existe. Nuestro Mandril, en cambio, reveló ya macroscópicamente entre el pedúnculo cerebral, *Ped.* (figura 5), y la calota, *Cal.*, una substancia nigra perfecta, tal cual la conocemos en el hombre adulto.

El examen microscópico reveló el característico pigmento negro en el interior de las células de dicho ganglio (figura 6, microfot.).

Ha sido eso un pequeño triunfo para mí, porque desde años sostengo yo que, sólo por la corta edad de los monos examinados, se explica la ausencia del pigmento que en el niño humano no existe. Así su viejo amigo ha servido para una demostración definitiva del paralelismo completo entre la histo-estructura fina de la célula nerviosa humana y simiana.

Salúdalo su afectísimo,

CHR. JAKOB

La fauna porteña

Un botánico,—naturalmente alemán,—visitando las anti-
güedades de Roma, reunió suficientes anotaciones para escri-
bir un libro sobre “la flora especial del Coliseo”.

He pensado que algo de parecido se puede escribir sobre
la fauna de la ciudad de Buenos Aires, al recibir una carta
de un maestro de escuela en la que me dice lo siguiente: “Dar
“clase de Historia Natural con enseñanza objetiva en esta
“capital, es harto difícil, si no imposible, pues la fauna se
“halla desparramada en las amplias campiñas de la repú-
“blica”.

“En el Jardín Zoológico, de su dirección, dominan los
“animales exóticos y por lo tanto, no utilizables en mi ense-
“ñanza para explicar la fauna argentina”.

“Parece demasiado reducido enseñar a mis discípulos
“tan sólo el caballo, la vaca, el perro, el gato y las gallinas;
“ruego, por lo tanto, al señor Director, se sirva darnos unos
“veinte nombres de animales que viven en la República e in-
“dicarme en qué libro puedo encontrar algunos datos sobre
“ellos, para poder dar mis clases, tan sólo teóricas, pues, como
“ya le he dicho, en la ciudad es imposible enseñar a los alum-
“nos, animales vivos de nuestra fauna”.

Contesté al bien intencionado maestro: Lamento que para
su enseñanza objetiva, sobre fauna argentina, no le sean su-
ficientes las ciento setenta y dos especies de animales indígenas
encerrados en el Zoológico, desde los monos, el jaguar, el puma,
el tapir, las serpientes hasta los camoatís y las lechiguanas.

En cuanto a una reseña sucinta sobre fauna argentina y
que puede servir a usted, como sirve a los estudiantes de medi-

cina y a los profesores como memorándum exacto y utilísimo, sugiero a usted, se provea del Tratado de Zoología de Angel Gallardo.

Permítame al mismo tiempo que ponga en su conocimiento que en la ciudad de Buenos Aires, encerrada entre el Río de la Plata, el Riachuelo y la Avenida de Circunvalación General Paz, puede usted hallar, sin mayores dificultades, más de veinte especies de vertebrados de los tres órdenes zoológicos, de marca auténticamente argentina y que usted, en momentos diferentes del día y de la noche, en las diferentes estaciones y en las plazas y en los parques públicos, en las quintas particulares y en los terrenos baldíos puede dar frecuentemente con ellos vivos y libres como "en las amplias campiñas de la República".

Evitaré de llamar su atención sobre la fauna menor de insectos desde las avispas, las arañas, las escolopendras, la chinche de campo, los piojos de los rosales, el bicho de cesto, los grillos, las chicharras, las vaquitas de San José, los mangangás, las palomitas, hasta los mosquitos y las cotorritas, que sería cosa de llenar páginas y páginas con los numerosos insectos argentinos que nos afligen en la ciudad.

Me concretaré tan sólo a unos cuantos vertebrados:

Las dos especies de comadreas: la Picaza y la Colorada, son muy frecuentes en los parques y terrenos baldíos del norte y del oeste de la ciudad. En el parque Saavedra las comadreas coloradas se han comido alrededor de veinte gallinetas pintadas; hemos capturado quince en los últimos cinco meses; pero, seguramente hay muchas más. Los peones de los paseos públicos encuentran y capturan también, casi diariamente, en el parque Chacabuco y en el parque Avellaneda.—Usted, señor Profesor, me dirá que si son animales que viven en cuevas no le será fácil encontrarlos: no lo niego; pero tampoco "en las amplias campiñas de la República" será fácil que la fauna salvaje le pase por debajo de la nariz.

“Los canillitas”, aquellos que quedan tales por falta de asientos en las escuelas, y que suelen frecuentar los bajos de Palermo, vienen casi diariamente al Jardín Zoológico a ofrecer en venta comadreja picazas que en sus urqueteos de naturalistas analfabetos suelen descubrir y cazar entre los troncos carcomidos de los sauces de la costa. Las pago a diez y quince centavos cada una, con el objeto, muchas veces, de matarlas en seguida, para evitarles martirios de esos chicuelos.

No puedo tener en el Zoológico madrigueras de sarigas, y con estos dos animales verá usted como la Capital Federal abunda en marzupiales, tan raros en el mundo.

Nada le digo de los desdentados, mulitas o peludos que sean, pues, si no hay vivos puede usted verlos en los almacenes, adobados y listos para fiambre.

En cuanto a los roedores, prescindiendo de mineros, lauchas y ratas que por lo que usted dice de los caballos y las gallinas no son dignos de figurar en la zoología, le citaré tan sólo a la liebre, que desde los terrenos baldíos de Liniers hasta el llamado bajo de Flores, podrá usted encontrar fácilmente. La liebre no es argentina, es europea, y podía considerarse exótica y digna de la ley de residencia, hasta cuando fué declarada plaga nacional. Ahora se utiliza su pelo y se envía en frigorífico a Europa; por lo tanto, es ya producto genuinamente argentino.

Hay otro roedor abundante y que usted puede ver fácilmente, si da un paseo a la costa del río, caminando hacia el este por la calle Canning o la calle Cavia: es el cuis, padre y primo de aquel mártir inocente de todos los laboratorios: el chanchito de la India.

Cuatro especies de mamíferos en plena ciudad de millón y medio de habitantes no es poco: usted no puede exigirme que le presente pumas, jaguares, tapires y guanacos para los cuales sus ojos se cierran en el Jardín Zoológico. Sin embargo, voy a hacer un esfuerzo y darle un mamífero más. Abra usted después de media noche, sobre todo en verano, la ventana de su

cuarto, le aseguro que no pasará una semana sin que entren a visitar su alcoba uno o dos murciélagos persiguiendo a los mosquitos que lo persiguen a usted.

Vamos ahora a los pájaros.

Si va a la costa del río no creo sea tan afortunado como para encontrar flamencos; sin embargo, he comprado dos veces, en cinco pesos cada uno, dos ejemplares pichones, agarrados por los pescadores en el final de la Avenida Sarmiento, bajo el acueducto del ferrocarril de trocha angosta. Pero es probable que si usted se queda quietito bajo los sauces, a la hora de la oración en ese mismo punto o en el muelle arenoso, allá por el bajo de Belgrano, en esa faja, entre las calles Juramento y Monroe, no le será difícil ver bajar a la costa algún pato criollo, alguna zarcela, algún pato picazo, algún silbón y aquel otro llamado pájaro bobo o zorro de agua, por su canto parecido a la voz de este carnívoro.

En los palos del muelle, acomodándose para pasar menos mal la noche, verá una media docena de Biguás o Zamaragullones que usted en alta lengua zoológica llamará, seguramente, Cormoranes.

En los grandes baldíos de Flores y Floresta hay Teruterus en libertad; pero no se ha de molestar usted en ir tan lejos para verlos: en la misma cuadra de su escuela he visto en una casita a la antigua, con jardincito y tinajas pintadas de verde con jazmines del cabo y diosmas, andar por allí adentro, dos teru-terus muy garifos, muy gritones y muy saludadores que han agachado más de diez veces la cabeza mientras que yo los curioseaba.

Usted, naturalmente, no querrá saber nada de las perdices, las martinetas y las copetonas hacinadas vivas en las pichoneras de los mercados; nada tampoco de las palomas de sospechosa autenticidad criolla; pero, allí por sus barrios en la plazuela Garay, y en el parque Rivadavia, lo que fué cementerio cuando la fiebre amarilla, arrullan ahora todo el día las Palomitas Torcazas, argentinas y, en las puntas más altas de

los álamos de hoja perenne, en el fondo del parque Rivadavia, puede usted ver a cualquier hora del día, más de media docena de pirrinchas o urracas, como usted las quiera llamar, las que, además, puede usted ver en todos los paseos públicos del municipio.

No será difícil que en cualquier quinta de la ciudad, alrededor de las aljabas y sobre todo de los limoneros y naranjos en flor, puede usted notar el vuelo del "Tente en el aire" y del Picaflor, los dos colibrís muy comunes en la ciudad.

¿Golondrinas volando? Puede usted observarlas en el cielo azul de la capital, pero lamento decirle que si quiere verlas extendidas y quietas sobre un cable telegráfico estará usted obligado a entrar a este Jardín Zoológico de animales exóticos, pues es el único punto donde me ha sido posible observarlas quietas.

Si usted se mete a pie o a caballo en un camino sin empedrar de los arrabales, en aquellas manzanas donde escaseen mucho las casas, verá marchar por la huella de los carros que han pasado, a un pajarito que se le llama caminera.

Si prefiere ver horneros y sus nidos de barro, le aconsejo que se fije en los feos postes del teléfono, plantados a lo largo de la calle Blandengues, desde la esquina Iberá hasta el boulevard General Paz.

En los viveros de plantas de propiedad municipal, extendidos a través del Hipódromo, descubrirá usted Zorzales, Cilandrias, algunas Tijeretas, algunas raras Viuditas, el Tordo Negro, y en Febrero a veces Federales en bandadas. Y si regresa usted al paseo de Palermo, verá usted a la orilla de los lagos los Venteveos, aquellos pájaros que sus discípulos llaman Bicho feo, y en la gran fiesta y en el gran triunfo de colores de los nuevos rosales, a la hora de concurrencia escasa, podrá ver el Churrinche en la época de los amores, vestido de rojo como un cardenal: en las otras estaciones ni usted ni yo vamos a conocer el Churrinche.

En este mes de Abril abunda en todos los paseos el

“Siete Colores” que vulgarmente llaman también Siete Vestidos y Siete Cuchillos, pero que usted seguramente preferirá denominar *Tanagra*.

Jilgueros, Mistos y Jilgueros de cabeza negra, son comunísimos entre las arboledas de la ciudad; lamento no poderle recordar al Chingolo, pues el Gorrión importado de Europa lo ha echado completamente hacia las afueras y muy lejos.

Si usted conoce alguna casa en barrio apartado con gran terreno en el fondo y que tenga gallinas con pollitos, me animo a hacerle ver adentro de la ciudad algún Gavilán o Halconcito glotón, volando en círculo sobre esa tierna y sabrosa presa.

Creo que ya lo he servido con unos treinta nombres de animales argentinos, diez más que los que usted me pedía; pero quiero completarle el tipo de los vertebrados con unos reptiles, unos batracios y unos pescaditos. No es gran cosa, pero en fin puedo ofrecerle tres especies de Culebras que le será fácil encontrar en los terrenos incultos y un poco extendidos de la capital, sobre todo al principio de la primavera; puede agrarrarlas impunemente, meterlas en una cajita o en un cartucho y llevarlas vivas a la escuela para su famosa lección objetiva: pero le advierto que, una vez capturadas y encerradas en una caja, debe usted lavarse las manos porque tienen un olor nauseabundo a bacalao descompuesto, debido a que en el sueño de invernación quedaron metidas adentro de su piel vieja y despegada, la que naturalmente a los tres meses se habría convertido en una camisa muy antihigiénica y desaseada.

Las lagartijas son ya raras: sin embargo “los canillitas”, mis cazadores naturalistas en la capital, me han traído varias veces una bien bonita que cazan en los terrenos baldíos cerca de la quinta de Hale, entre Las Heras, Pueyrredón, French y Agüero.

Usted que es muy aficionado a la zoología, le será muy fácil, en los meses de invierno, sorprender en los baches que deja la marea en la costa del río, entre las Obras de Salubridad y Palermo Chico, alguna Tortuga de agua dulce, la que pacíficamente goza el solcito de Julio como en las regiones desiertas. La verá, pero no podrá agarrarla por cierto, pues esa tortuga, símbolo de la lentitud, con tan solo dos metros de ventaja, alcanza a zambullirse antes que usted haya llegado a embarrarse sus botines de charol.

No es necesario que me detenga mucho sobre batracios: le diré tan solo: Escuerzos en los terrenos altos de Liniers y de Floresta; Ranas en el Parque Saavedra y Arroyo Medrano; Sapos en todas partes. Eso si me interesa que sepa, que en los lugares húmedos puede fácilmente encontrar un animalito parecido a una culebra y que no es culebra; parecido a una gran lombriz y que no es lombriz, que no tiene ojos aparentes y que los paisanos llaman por eso Viborita Ciega. Es un animalito muy interesante para los zoólogos y es una especie de batracio sin miembros.

En cuanto a la otra clase de vertebrados, los peces, si usted no quiere ver nada de naturaleza muerta en los mercados y tiene el espíritu bastante contemplativo para sostener una caña, un hilo y un anzuelo con cebo, no le aconsejo a usted que se vaya a los malecones del puerto, sino al paredón del ferrocarril que corre en el bajo de Belgrano y de Núñez; si usted es perseverante, estoy seguro que de la fauna acuática del Río de la Plata, podrá conseguir muchas especies: por ejemplo: un Pacú, un Dientudo, un Dorado, una Raya, una Boga, un Sábalo, una Mojarra, un Pejerrey, un Surubí, un Armado, un Bagre y hasta una Vieja.

Si cree que la pasión de pescar no condice con la investidura del profesorado y quiere, sin embargo, ver peces de la fauna argentina, arrímese usted a los lagos de Palermo, en las pequeñas caletas que forman los contornos deliciosos de la deliciosa roseaie, en las horas de solcito más caliente, verá

usted negrear el cardúmen de un pescadito muy chico, que equivocadamente llaman Mojarrietas y que es una especie muy apetecida para los altos estudios de embriología, pues nace vivo, desarrollándose el Alevino en el cuerpo de la madre. Si en noche oscura se aproxima a esos mismos lagos con una linternita eléctrica de mano, verá en seguida asomar la cabeza y culebrear renegridas anguilas de todo tamaño.

Creo haber cumplido con su deseo, indicándole unas cuantas especies argentinas que usted puede hacer estudiar objetivamente a sus alumnos, sin necesidad de viajar por la "amplia campiña argentina" o de venir al Jardín Zoológico.

Queda a las órdenes de usted.

S. S. S.

CLEMENTE ONELLI

Un caso teratológico interesante

El Director del Jardín Zoológico pudo conseguir la doble cabeza de un ternero nacido con vida en la provincia de Buenos Aires y que murió a las pocas horas de nacer. Como los cráneos eran completamente separados uno de otro, mientras

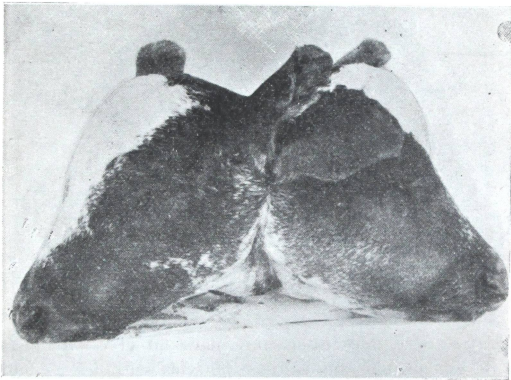
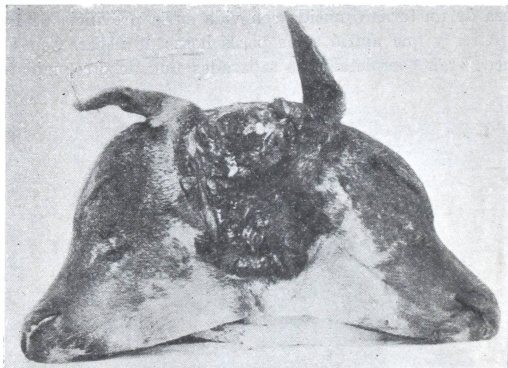


Fig. 7. — UN TERNERO CON DOS CABEZAS

que seguía la médula completamente monocorde envió la pieza al doctor Jakob, al que podía serle útil para sus estudios. Hasta que ellos sean terminados damos a continuación el acuse de recibo enviado al día siguiente con las respectivas fotografías.

Mi estimado amigo Onelli:

Agradezco el envío y le remito algunas fotografías de la ternera en duplicidad anterior. Los dos cráneos están completamente separados, y la fusión empieza recién en el espinazo. Los dos cerebros están también completamente separados y bien desarrollados hasta el bulbo: recién en el segundo segmento cervical empieza la fusión, como lo demuestra la

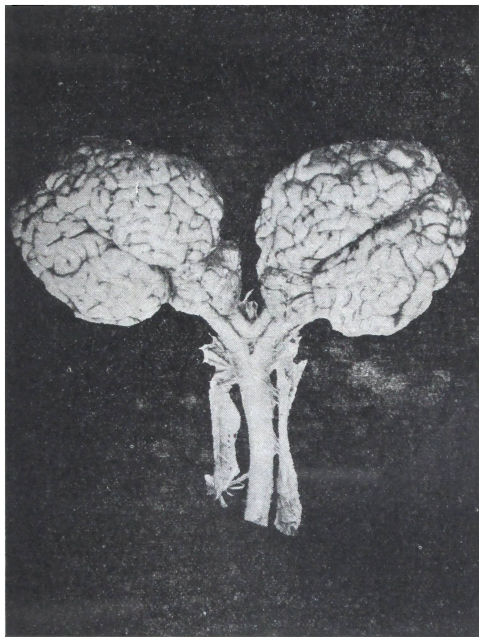


**Fig. 8. — ARRANQUE DEL CUELLO DE UN TERNERO
CON DOS CABEZAS**

fotografía. Será muy interesante para mí el estado histológico de esa médula que contiene las vías sensibles y motores para los dos diferentes cerebros: se lo comunicaré más adelante. Por lo pronto tendríamos aquí dos voluntades y sólo un órgano de ejecución—un problema psicológico difícil.

Salúdalo su afmo.

C. JAKOB



**Fig. 9. — DOS CEREBROS DE UN TERNERO CON
DOS CABEZAS**

Anacronismos de la secreción láctea

Las glándulas del sudor y las de los pelos, que tienen un mismo origen, por una simple exageración de su valor sobre la superficie inferior del cuerpo, se han transformado en glándulas mamarias. Además que por la embriología esto está confirmado por las glándulas mamarias en formación de los monotremas el ornitorinco y el equidno, cuya secreción láctea es más bien un exudado entre los pelos abdominales.

Enseñan los tratados que los mamíferos han adquirido la facultad de amamantar sus chicos, debido a su vellón. Las glándulas ventrales excitadas por la presencia de los chicos que se refugian bajo la madre y lamen su vientre han aumentado su volumen, se han enseguida localizado, y su número y su disposición han quedado determinadas por la actitud habitual de la madre y el número de sus chicos.

La madre lega como herencia las mamas a su descendencia; en el sexo masculino esta herencia se atrofia; pero no tanto como para que no aparezcan casos de recién nacidos del sexo masculino que segregan de sus tetillas un líquido lácteo. Hasta ahora se había comprobado el caso tan sólo en la especie humana; yo lo he podido constatar en estos últimos meses en cinco terneros Hostein de los ocho del sexo masculino que han nacido en los tambos modelos municipales. Las terneras todas tenían el líquido lechozo, no quise apretar esos tiernos órganos para la expulsión del líquido, como se hace por varios días con los humanos de miedo que con ese pequeño ordeño en animales de predisposición galactófora tan acentuada se favoreciera afuera de tiempo el aumento de esa secreción y no

tuviera que lamentar una mastitis completamente anacrónica.

A los cuatro o cinco días se reabsorbieron las pequenísimas durezas que se habían formado en las glándulas mamarias.

Creo haberme conducido como buen tambero, cuidador de la higiene del tambo, pero como mal naturalista que no ha seguido el proceso de la excitación mamaria por medio del masaje ordeñador en época tan temprana.

Eso se hará cuando el público de un millón y medio de habitantes en Buenos Aires se digne costear los gastos de la explotación con una concurrencia, por limitada que sea, pero que consume la leche sana, pura y aséptica que la municipalidad le brinda y quiera convencerse de la superioridad controlada e indiscutible de la leche de esos tambos sobre la de los lecheros ambulantes.

Entonces seguiremos el estudio tan interesante comparándolos también con otros animales como con una camella de la Batriana, la que cinco años después de haber tenido una cría, esta, muy golosa con sus mamadas diarias ha mantenido la secreción láctea suficientemente abundante hasta el día en que se cambió en calostro por un parto sobrevenido.

Entonces recordaremos también que los Anales de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, del año 1867, tienen el retrato de un cosaco, el que, habiendo perdido su hija, con la excitación de sus tetillas consiguió amamantar a su propio nieto y entonces recordaré también que en el año 1901, pasé acampado dos días en una toldería de indios tehuelches en la pre-cordillera patagónica, cerca de las nacientes del Deseado y que allí encontré una vieja indígena de más de setenta años y viuda de más de quince, la que amamantaba un nieto suyo huérfano. Me dijeron las indias que eso lo hacían muy comunmente y que la vieja, en cinco días de continuadas mamadas hechas por miembros de la familia había conseguido hacer descender la leche y que hacía ya un mes que amamantaba al pequeñuelo. Los pechos de la vieja, dos verdaderas pa-

sas de higo, segregaban leche abundante como lo denunciaba el chico rollizo y como pude comprobarlo, pidiendo que derramara un chorrillo de leche sobre un papel, condescendencia que me costó un magnífico pañuelo de seda roja.

C. O.

**El cinturón periurbano de bosques
y praderas naturales, es una
necesidad higiénica, pedagógica
y estética para Buenos Ai-
res y sus niños.**

(Trabajo presentado a la sección psicológica del Congreso del Niño, aceptado
en la asamblea por unanimidad de votos)

Los higienistas de todas las grandes ciudades del mundo, se han convencido de que la aglomeración excesiva de sus poblaciones produce lenta, pero fatalmente consecuencias funestas antihigiénicas y antisociales para la juventud, y que con "pequeñas medidas" no se puede remediar. Las masas de hombres y animales en el interior de esos centros urbanos, los hornos de las casas, las fábricas e industrias, los vehículos de locomoción, etc., todo consume constantemente y corrompe el aire, el agua, la tierra, indispensables para la vida. Por eso desde hace años se preocupan seriamente las primeras ciudades de Europa de rodearse de grandes zonas de bosques naturales (los parques artificiales son completamente insuficientes), que desinfectan y limpian la atmósfera periurbana, que regularizan el clima y sus cambios bruscos, que defienden contra vientos fríos y calientes, representando amplios pulmones de purificación del medio ambiente, indispensables para la conservación y más todavía para el desarrollo de la vida. Así Berlín, München, Viena, Hamburgo, Londres, París, Francfort, Dresden, etc., fomentan conscientemente la conservación y extensión de sus bosques periurbanos y el "cinturón de bosques naturales" es hoy en día el ideal de cada municipalidad prudente y previsora. Berlín, por ejemplo, ha adquirido últimamente (y pagado durante la guerra

actual), con grandes sacrificios (más de quince millones de marcos), los bosques de varias ciudades vecinas, para evitar su destrucción; medida que sus higienistas más eminentes habían considerado indispensable para la salud física y moral de ese gran centro alemán. El total de los bosques municipales de Berlín se avalúa en más de doscientos millones de marcos y constituyen una renta crecida para el presupuesto municipal. Viena ha gastado en los últimos cinco años alrededor de cincuenta millones de coronas para ese mismo fin.

Más importante todavía que por esas grandes ventajas generales, sería para Buenos Aires la creación del cinturón de bosques, porque así se rompería esa monotonía cansadora que la ciudad, poco favorecida por la naturaleza, ofrece. No es en el fondo la naturaleza, son los hombres que no han sabido aprovechar a tiempo las fuentes naturales de sus verdaderas riquezas que no son las que dan los terrenos periurbanos al especulador parasitario de la valorización, sino al cultivador activo de las tierras.

Buenos Aires necesita para sus niños extensas zonas de bosques, donde las escuelas, las familias, el pueblo puedan con pocos gastos hacer sus excursiones diarias y de los domingos; donde puedan descansar en el seno de la naturaleza no alterada. los niños y los adultos, los obreros y empleados, donde la juventud adolescente encuentre placeres puros; no se debe consentir a ojos cerrados en que la esperanza de la nación tenga que buscar en las carreras y los juegos atléticos exclusivamente, su recreo. Hay otros placeres más estéticos, más morales, más ideales, que la Nación Argentina necesitará cultivar y poner al alcance de todas sus clases sociales en bien de un desarrollo biológico sano de sus futuros ciudadanos.

El niño en el bosque natural llega a un contacto más íntimo con la *madre naturaleza* que perdurará toda su vida;

el “misterio de los bosques” impresionará más profundamente los espíritus infantiles que los cinematógrafos y juegos excesivamente exportivos. Hay imponderabilidad en el alma humana que es menester cuidar como las alhajas orgánicas de la psíquis, más preciosas que la fuerza muscular brutal.

El descanso del hombre en los bosques, es un placer íntimo, profundo, arraigado en la filogenia lejana de la humanidad,—pues las selvas representan a las genuinas *maternidades y cunas de nuestra especie*,—y hoy todavía nos dispensarán ellas nuevos bríos y entusiasmos para la lucha monótona de la vida actual. Se podría sostener que Europa debe su cerebración más productora en ciencias y artes, en primer lugar al contacto más íntimo de sus hombres con la naturaleza pura y sencilla de sus bosques.

Los *niños débiles* se impresionan sobre todo en sentido favorable física y psíquicamente: las escuelas libres en los bosques, los juegos gimnásticos, las excursiones biológicas, etc., todo concurre al mismo fin.

Y, por último, la adquisición de la *corona verde periurbana* resulta altamente práctica y económica porque en pocos años, bajo una arboricultura ordenada, su propia renta permite una amortización suficiente en veinte años. Y, ¿qué representan veinte años en la vida de las naciones?

Votemos por eso, que el Estado y la Municipalidad, en acción común y fértil, resuelvan la creación del cinturón de bosques en Buenos Aires,—recién entonces se ganaría ella definitivamente el derecho a su bello nombre,—en bien de sus ciudadanos, de un descanso barato y sano para los trabajadores de todas clases, del desarrollo de sentimientos estéticos y morales en la juventud y sobre todo en bien de nuestros niños débiles; todas esas vidas claman por el bosque periurbano! ¡Que se les oiga!

Desearía entonces que la asamblea haga suyo lo siguiente:

El cinturón periurbano de bosques y praderas *naturales* es una necesidad higiénica, pedagógica, estética y moral para Buenos Aires y sus niños.

Y que se encargue a una comisión *ad hoc* la prosecución activa de esa convicción ante los poderes públicos.

DR. CHR. JAKOB

Profesor de Biología en la Universidad
de Buenos Aires

¡Ojo! Pichincheros

El comercio de la peletería de lujo ha sido afectado muy seriamente por la guerra; a fines de 1913 las estadísticas mundiales arrojaban un movimiento de cuatrocientos setenta y cinco millones de francos en comercio de pieles: Norte América entraba en este comercio con ciento veinte millones. Hoy Leipzig, Londres, París y San Petersburgo, los grandes mercados de peletería fina, no compran pieles y las compañías acopiadoras del Canadá, han suspendido sus contratos con los cazadores.

En Junio de 1914, los renard argentés y croisés corrientes se vendían a seiscientos francos la piel; hoy se ofrecen por doscientos cincuenta francos.

El renard rojo de Norte América, que valía de veinticinco a cincuenta francos, no encuentra comprador en cinco. El castor, que llegaba a setenta y cinco francos la pieza, ha bajado hasta doce francos y su pequeño congénere, el rat-musqué, que valía cuatro francos, vale ahora dos francos cincuenta la docena. Un renard noir que llegaba hasta cuatro mil francos, hoy es caro en quinientos francos.

Si las señoras recortan esta noticia extractada del órgano oficial de la Sociedad Nacional de Aclimatación de Francia y del "Field", la revista inglesa más acreditada en cuestiones de ciencias naturales aplicadas, y la ponen bajo los ojos de los grandes peleteros de Buenos Aires, tendrán probablemente la gran desilusión de ver aumentados en un treinta por ciento los ya caros precios de antaño, debido a que en este bello país, de unas finanzas generales sui generis, todo termina en un aumento de precio al consumidor; mayor o menor demanda,

mayor o menor oferta, abundancia o escasez de cosecha, superabundancia o falta de exportación, todo sirve para aumentar los precios, ya sea el trigo, ya sea la carne, ya sea la uva de Mendoza, la que para no hacer quebrar la industria vinícola, debe el Gobierno comprar en sendos quintales y arrojar a las acequias.

Por lo tanto, no es aquí que las elegantes podrán aprovechar la pichincha, sino encargarlas a Europa, a algunas de sus compatriotas que siguen de brancardières o de enfermeras en los países en guerra.

Pero, ahora pensemos en lo que las dos revistas europeas no dicen; nuestra peletería nacional sentirá también el contragolpe de la guerra, pues si nuestras pieles no llegan a los grandes laboratorios transformadores de Leipzig y de Londres, no pueden recibir aquella manufactura y toilette que necesitan para transformarse en pieles de lujo. La loutre de nuestro lobo de dos pelos, si no es manipulada en una fábrica que tiene su asiento y patente en Londres, es un piel que puede decirse sin valor; pues, si vale dos libras salada y en bruto, tiene ese precio tan sólo porque una vez preparada, vale diez.

La chinchilla es quizás el momento en que puede obtenerse en el país a mejor precio, pues casi no necesita manipuleos; y si es cierto, que allá no la quieren recibir, estamos aquí nosotros para comprarla con gusto.

Los zorros grises de Patagonia, aquellos que dijimos ya otra vez que eran los más aptos para las creaciones de altas pieles de lujo teñidas, hace cinco meses se cotizaban en plaza, a 2 \$ cada uno; hoy han desaparecido de la lista de precios corrientes de la Gaceta Rural y del Boletín de la Bolsa; lo que quiere decir, que se le ha detenido la demanda desde Leipzig.

De otras clases de pieles de peletería más ó menos fina, notamos que los precios no se han alterado mayormente, pero creemos que bajarán mucho, más tarde, pues los acopiadores se encontrarán con un stock del que hasta ahora probablemente ignoran que no tendrá salida.

Naturalmente que la paralización es temporaria y volverá a activarse el mercado una vez terminada la guerra.

Este compás de espera en la caza con fines comerciales, redundará en beneficio de las especies, las que tendrán un periodo de tranquilidad para procrearse y multiplicar mejor; en fin, un pequeño relache durante el cual, si fueran latinistas podrían decir a la humanidad en guerra: "Mors tua vita mea".

Otra noticia que puede interesar a la industria pecuaria de las provincias mediterráneas. El sindicato general francés de las industrias de la guantería, se ha presentado a su gobierno lamentando la matanza por millares de las cabras diseminadas en las montañas de Francia, con el objeto de abastecer a las tropas hindúes que guerrear en la frontera. Dicen que si se matan cabras se acabará con los cueros de cabritos franceses, la materia prima más noble para la importante industria de guantes de cabritilla.

Sin pretender nosotros que los cueros de los cabritos argentinos sean inmejorables como los franceses, parece que ante la escasez del artículo, es ya irrisorio el precio de \$ 1.50 la docena de cueros, sobre todo si éstos son de San Luis, Córdoba y Tucumán: bien pueden valer por largo tiempo entre tres y cuatro pesos los de esas provincias y un peso y medio o dos los de las provincias del litoral. Preferiría que este dato más que los acopiadores lo aprovecharan los criollos pobres productores de este fruto. Pero en el interior, poco se leen los diarios porteños y menos una revista que sólo al ver por las tapas, será considerada una inútil chifladura.

C. O.

La fauna y las alturas

La navegación aérea está destinada a dar la explicación de problemas aun no resueltos sobre la vida animal y también la vegetal en las altas regiones de la atmósfera. El aviador, libre de las grandes fatigas de las ascensiones por las montañas, podrá decirnos, ante todo, provisto naturalmente de instrumentos adecuados, como en las alturas diferentes se altera el ritmo de su corazón, como aumentan o ralean los movimientos de la respiración pulmonar; si los fenómenos del apunamiento o mal de montaña se sienten a igual presión barométrica que subiendo las cuestas de un cerro. Pues hay hechos contradictorios que aún no tienen explicación suficiente: yo, por ejemplo, viajando lentamente a lomo de mula, en la Puna de Atacama, a una altura de cerca de cuatro mil metros sobre el mar, marchando también a pie para aliviar la cabalgadura apunada, no he sentido las molestias del mal de montaña, mientras que, transportado en pocas horas por ferrocarril, desde los mil metros aproximadamente de Jujuy a los tres mil cuatrocientos de la estación La Quiaca, he sentido con mucha intensidad el malestar inherente a la menor presión barométrica. Si en el primer caso, la paulatina aclimatación al ambiente podía ser neutralizada por el esfuerzo físico, en el segundo caso la posición de descanso debía neutralizar la rápida ascensión. El cóndor, según cálculos fidedignos, desde un nivel insignificante de setecientos u ochocientos metros sobre el mar, como en las mesetas de Santa Cruz, remonta en pocos minutos hasta aproximadamente los siete mil metros, quedando horas enteras planeando sobre sus

alas en esas regiones de atmósfera raleada. Pero los mismos cóndores puestos bajo campanas de presión, como en general todos los pájaros, se muestran y de manera más rápida que los mamíferos más sensibles a los desastrosos efectos de la poca densidad de presión. La sangre de un pájaro tiene más capacidad oxigenativa que la de los mamíferos, como lo demuestra el análisis y como lo demuestra su temperatura un tanto más elevada.

Las serpientes, en cambio, animales de llanura, de temperaturas cálidas, de respiración perezosa, resisten proporcionalmente mucho mejor las fuertes depresiones barométricas, cuando tendría que suceder lo contrario.

Como estos hechos son contradictorios y por lo tanto no explicables, puede ser que los experimentos de gabinete no respondan completamente a la similitud de fenómenos naturales en las alturas. Por lo tanto estos gabinetes científicos, s.tos en los laboratorios de las ciudades, es necesario trasladarlos a las areonaves con instrumentación para análisis completos del aire y sus componentes, aparatos de medición calorífica y todo el resto de la batería diagramática, bagaje científico que dará resultados más positivos, más explicativos y por lo tanto más fidedignos, cuando los experimentos así sobre hombres como sobre animales, sean hechos en el ambiente natural, en el reinado de las nubes, en las capas más raleadas y más ionizadas de las alturas atmosféricas.

Entonces los zeppelines, los aereoplanos y sus similares, con sus trabajos científicos, aplicados a la vida, podrán hacer olvidar las hazañas micidiales que vienen cometiendo desde el año 12 hasta la fecha.

C. O.

El vocabulario de un chimpancé

Mucho se ha escrito en estos últimos años en las revistas y diarios sobre el llamado "lenguaje" de los animales, especialmente de los monos, usando ese término un tanto vago para denominar el sonido articulado. Las ideas del señor Richard L. Garner a este respecto, despiertan ahora mayor interés, debido a su reciente tentativa para comprender el lenguaje de los monos antropoides, yendo a vivir entre ellos en una jaula de acero, en las yunglas nativas, y procurando conservar sus varios gritos por medio de un fonógrafo.

La rareza de tal empresa atrajo la atención de los periodistas. Se escribió mucho y largo sobre el asunto, la mayor parte por repórters que se dejaban llevar por su imaginación y que tenían más interés en hacer una "linda historietita" que en presentar la cuestión bajo su aspecto científico. En consecuencia, se dió la mayor publicidad a una enorme cantidad de absurdos, de los cuales habrá sacado una falsa concepción de este tan interesante asunto, la mayoría de las personas que creen ciegamente en las informaciones de su diario.

El señor Garner ha debido modificar algunas de sus ideas sobre el "lenguaje" de los monos y creo que algunas de sus conclusiones han sido aceptadas por sabios naturalistas y por otros investigadores científicos de psicología animal. Yo no tengo la pretensión de ser incluido entre unos u otros; pero mi interés por la Historia Natural, me ha hecho aprovechar las oportunidades de estudiar de cerca toda manifestación de inteligencia animal que he podido observar.

Mis propias observaciones, entonces, han estado completamente de acuerdo con las de la mayor parte de estos investigadores. No he podido encontrar pruebas de que los animales inferiores al hombre posean lo que puede correctamente llamarse "lenguaje", es decir el uso intencionado y articulado de la palabra. Muchos mamíferos y pájaros emiten ciertos gritos (acompañados a menudo por movimientos característicos), por medio de los cuales expresan varias *emociones* como el miedo, la cólera, la alegría, la tristeza, el amor, la curiosidad, etc. También se dan casos de que un animal pueda manifestar una idea concreta. Por ejemplo el señor John Burroughs, dice que cierto tono en el ladrido de su perro significa que ha encontrado una culebra; y yo tengo un petirrojo que emite un llamado de alarma peculiar que significa que ha visto un gato. También si usted imita el grito de un halcón, de manera que pueda oírlo un gallo de gallinero, éste en seguida dará una nota de alarma característica, para que las gallinas se den cuenta de que se aproxima un halcón. Son sonidos como estos, según creo, los más aproximados a la palabra de que pueden usar los animales.

No hay que asustarse, dice el doctor William T. Hor-
"naday, por el "descubrimiento" de que los monos posean
"un lenguaje"; pues su vocabulario no es ni la mitad tan
"variado y extenso como el de las aves de corral, cuyo len-
"guaje algunos de nosotros conocemos muy bien". (1)

Por otra parte, tenemos pruebas definidas de la capacidad de ciertos animales para tomar el sentido de las palabras habladas y asociar estas palabras con los objetos que denotan. Es, sobre este punto, que quiero llamar la atención del lector en el presente artículo.

Toda persona observadora, que haya tenido algo que ver con perros o con caballos, debe haber notado su evidente comprensión del significado de muchas palabras. Esta clase de capacidad mental se nota, especialmente, en los perros de caza bien enseñados. El mayor vocabulario del caballo más inteli-

(1) "American Natural History", introducción, pág. XXIV.

gente es menor que el del perro cazador; en iguales condiciones;—tal vez porque el caballo no está llamado a tareas tan complicadas como las que requiere la caza de pájaros como la codorniz, la gallina silvestre, o la becada. Pero que yo sepa, el caballo es el único animal que comprende inteligentemente un trozo de música. Esta comprensión se comprueba en muchos caballos de silla que obedecen prontamente y sin la menor sugestión del jinete, a los toques de corneta en las evoluciones de la caballería, muchos de los cuales tienen cuatro notas de diferente diapason.

Parece probable, sin embargo, que los monos antropoides y, especialmente los chimpancés y los orangutanes, tienen mayor capacidad que cualquier otro animal para adquirir esta clase de vocabulario subjetivo.

Es este un asunto que he podido estudiar con algún cuidado durante el año pasado, gracias a la oportunidad de mi relación con todo el notable grupo de nueve antropoides (cuatro chimpancés y cinco orangutanes), que están incluidos en la gran colección del Parque Zoológico de Nueva York.

En este asunto del “lenguaje de los monos”, me ha llamado la atención como significativo o al menos interesante, que los más *locuaces* de todos los internos de la casa de los primates en el Parque Zoológico, sean los lemúridos, que son tenidos por los menos inteligentes del orden, mientras que los más *sagaces* que son los chimpancés y los orangutanes son también los más *taciturnos*. En efecto, los lemúridos hacen más ruido que todos los demás monos juntos. Están incesantemente chillando, gritando o gruñendo. Los orangutanes, por otra parte, rara vez hacen alguna clase de demostración vocal y lo mismo los chimpancés, excepto cuando chillan de rabia o impaciencia o gruñen en señal de bienvenida o de desconfianza. Tal vez antes de embarcarse para estas playas extranjeras, algún sabio Polonio les dijo: “No des palabras a tu pensamiento... Da a todos tu oído, pero a pocos, tu voz”.

El mono más inteligente del grupo del Parque Zoológico,

y sin duda una de las simias más sagaces que recordamos, es Susie, la pequeña chimpancé de 3 años. Susie fué adquirida por el señor Garner, en el distrito de Fernan Vas, en la región del Congo Francés, a unas ciento veinticinco millas más adentro del Cabo López. Su nombre científico es *Anthropopithecus Calvus* y los indígenas de su país, la llaman *Kulu Kamba*, siendo "kulu" onomatopéjico del grito característico del mono y "kamba" la palabra que significa, en su idioma, conversación o discurso.

El señor Garner, estudió a Susie durante varios meses antes de entregarla (cuando tuvo ocho meses) a la Sociedad Zoológica de Nueva York; y sostiene que expresaba "en su propia lengua" cinco palabras—"si", "no", "necesidad", "protesta" y "satisfacción" o "desprecio". El señor Fernando Engeholm, que ha tenido a su cargo la jaula de primates en el Parque Zoológico durante cuatro años, me dice, sin embargo, que él nunca ha oído a Susie ni a ningún otro mono hacer uso deliberado de algún sonido identificable para expresar una idea concreta.

Debe decirse a este respecto, que el método del señor Engeholm para estudiar sus monos, es excesivamente práctico.

El ha enseñado a los tres chimpancés: Susie, Dick (que tiene, más o menos, la edad de Susie) y Baldy (que tiene siete años y se ha puesto ahora feo y revoltoso) a hacer muchas cosas interesantes y divertidas que revelan su inteligencia natural; y que le han permitido estimar, en lo justo, su capacidad mental. Y, además, ha tenido una amistosa camaradería con sus monos. Muchas tardes después de cerrada la jaula de los primates para el público, se le podía ver sentado en el suelo del cuarto de su guardián jugando con uno o con todos los chimpancés y orangutanes o permitiéndoles jugar uno con otro, mientras él los miraba, hablando y riendo, pero *observando*. Pienso que se admitirá que las conclusiones de un hombre inteligente y verídico (como es, por cierto, el señor Enge-

holm), acerca de animales con quienes mantiene tan amistosas relaciones, merece ser tomada en cuenta.

Bien, aunque el señor Engeholm no ha podido descubrir que sus monos usen un "lenguaje", hablando correctamente, él cree que los chimpancés Lusie, Dick y Baldy corresponden el significado de muchas palabras y que sus mentes reaccionan rápidamente cuando estas palabras les son dirigidas en forma de mandato. Esta capacidad está más desarrollada en Susie que en los demás monos de este grupo, debido a que siendo más tratable y probablemente más inteligente que los otros, el señor Engeholm ha tenido cuidados especiales con ella.

Es difícil determinar cuantas *palabras* son las que el animal entiende de las empleadas al darle alguna *orden*; pero he tratado de hacerlo en las órdenes dadas por el señor Engeholm a Susie, que han sido rápida y repetidamente obedecidas por ella.

Al hacer la tabla que sigue he puesto entre paréntesis las palabras no necesarias para transmitir la orden:

<u>Ordenes</u>	<u>Palabras</u>
Párese .	1
Siéntese	1
Cruce (sus) piernas	2
Doble (sus) brazos	2
Tire (un) beso.	2
Tome (mi) sombrero	2
Póngalo en su cabeza	4
Sáqueselo .	1
Vístase .	1
Desnúdese	1
Deme (las) llaves	2
Tráígalas aquí	2
Teléfono.	1

Escriba (con tiza o lápiz)	1
Lave (sus) manos	2
Seque (sus) manos	2
Peine (su) cabello	2
Póngase polvos.	2
Prenda (la) luz	2
Apáguela	2
Abra (la) canilla.	2
Ciérrela	1
Vaya allí (por ejemplo al extremo de la jaula)	2
Salte	1
Enfile (sus) cuentas	2
Toque (la) campanilla	2
Limpie (su) nariz	2
Encienda (un) fósforo (de una caja de fósfo- ros de seguridad)	2
Desate (mis) zapatos	2
Abra (el) guante	2
Llévelo (el guante)	1
Póngalo	1
Deme (un) bocado (de su banana)	2
Beba	1
Péguele (a) Dick.	2
Bese (a la) muñeca	2
Más (repetir un acto)	1

 37 órdenes

 62 palabras

No digo que Susie obedezca rápidamente cada una de estas órdenes todas las veces. En algunas ocasiones olvida el significado de las palabras; pero creo haber oído de seres humanos a quines les sucede también lo mismo. El hecho es que se le ha enseñado el significado de estas órdenes (y estoy seguro que de muchas más que ahora no recuerdo) y que pensándolo un poco recuerda lo que ha olvidado.

Varios estudiosos de psicología animal sostienen que un mono, un perro o un caballo, entienden más lo que se les ordena que hagan, por el gesto que acompaña la orden, que por las palabras con que ésta se expresa. A esto puedo contestar que la mayoría de las palabras que he mencionado son dichas sin gestos de ninguna clase, y entonces, ¿cómo puede Susie comprenderlos si no entiende su significado? No puedo decir con precisión absoluta el número de palabras de las cuales es seguro que entienda el significado y creo que es imposible establecer esto científicamente. La lista que publico es más bien para dar una idea de la probable extensión de su vocabulario, que como una prueba positiva al respecto. Pero aún así llama la atención como el signo de una inteligencia notable.

Se ha dicho que los monos enseñados no obedecen las órdenes dadas por otra persona que no sea su guardián. Es esta, a mi juicio, una crítica capciosa y poco inteligente. Un niño, acostumbrado a obedecer a sus padres o a algún otro pariente o amigo a quien conoce bien, prestará poca atención a las órdenes o pedidos de un extraño. Un perro o un caballo proceden de la misma manera. ¿Por qué, pues, sería raro que un mono obedeciera a su guardián a quien reconoce como su amo, y rehusara hacerlo con cualquier otra persona? Susie, Dick, Baldy y varios otros monos grandes y chicos, muestran claramente que me conocen y su actitud para conmigo es generalmente amistosa; pero, excepto en algunas cosas muy simples, no me obedecen. Porque no me reconocen como su amo, que nunca he tratado de ser, sino como su buen amigo que soy.

GEORGES GLADDEN

(Del Outlook de Nueva York)

El guanaco ante el tribunal de la Inquisición.

A fines de 1913, los estancieros del territorio de Santa Cruz, se presentaron al Ministerio de Agricultura, pidiendo lisa y llanamente la destrucción del guanaco, que obstaculiza la cría de ovejas, contribuyendo al más rápido talaje de los campos de pastoreo y dejando gérmenes de su sarna, que parece comprobado se contagia también a las ovejas.

El señor Ministro de Agricultura, entregó el asunto al estudio del Jefe de la División de Ganadería, doctor José León Suárez, el que antes de aconsejar medidas, quiso oír las razones de los interesados en la lucha contra el guanaco y la opinión de algunos técnicos e industriales, para concertar ideas.

Se me hizo el honor de llamarme a esa reunión, adonde fuí con la idea bien preconcebida de ser el defensor de ese precioso animal.

Se constituyó esa especie de tribunal, y la parte acusadora, los estancieros, con poca táctica a decir verdad, hicieron una carga a fondo y a primera vista, de gran efecto por sus conclusiones: "El gobierno propicia el fomento de los territorios del Sud, cuyo mejor progreso es la ganadería lanar y queremos saber categóricamente, si debemos criar ovejas o criar guanacos, haciendo constar que la oveja vale mucho y el guanaco nada".

Despojándome completamente de la simpatía platónica que puede tener un naturalista por las varias especies zoológicas, hice presente que si la oveja vale mucho, el guanaco también puede valer otro tanto, pues tiene lana, tiene cuero y

tiene alrededor de cincuenta kilos de carne; que si en Alemania (todavía no había estallado la guerra), se comían perros, no los hubiesen comido si contaren con un stock de ganado silvestre y grande. Contestaron los interesados en su destrucción que se sabía que el cuero no era utilizable, que la carne podría ser comestible, pero que nadie la comía, y que la lana, debido a la abundancia de pelos largos, más gruesos y más lisos, apenas servía para una confección a mano de ponchos ordinarios. Presenté, entonces, un trozo de género tejido en Alemania con lana de guanaco, del que una señora se había confeccionado un traje tailleur, y que una de las grandes casas de modas de París a quien se le ofreció ese género, opinó que sería compradora del total del tejido, si se le ofreciera un mínimo de tres mil metros o sea la cantidad necesaria para lanzar una moda que seguramente encontraría el favor de las damas.

En esa misma reunión se aseguró, sin embargo, que la caza de un guanaco venía a costar al rededor de cuatro pesos moneda nacional por cabeza, y que los acopiadores de frutos pagaban por los escasos cueros que aparecían en plaza, apenas un peso moneda nacional.

El presidente de la reunión, doctor Suárez, reasumió lo conversado, diciendo: que el gobierno, oídas las quejas de los interesados y la opinión de la comisión presente, no hubiera podido declarar plaga nacional al guanaco: que no procedía, por lo tanto, estudiar sistemas de destrucción; que se podía permitir libremente la matanza en los campos de propiedad particular a aquellos que así lo desearan, por cuanto eso no implicaría extinción de la especie, debido a la existencia de muchos millares en los campos fiscales.

Que en su veste oficial pedía a los estancieros presentes que le fueran enviados una cierta cantidad de cueros y lana para hacer experimentos y diciendo que volvería a reunir la comisión cuando se tuviera alguna confección preparada.

En Marzo de 1915, el Director General de Ganadería doc-

tor Suárez volvió a reunir la comisión y estuvieron presentes los naturalistas, los dueños de peleterías, el doctor Richelet, inspector viajero de la División de Ganadería, experto y entusiasta conocedor de los territorios australes y tan sólo uno de los estancieros patagónicos que reclamaban la destrucción del guanaco.

La reunión fué corta, pero muy sugestiva: el presidente doctor Suárez mostró pieles de guanaco curtidas al estilo marroquí, cabretilla y el calf norteamericano, éste último verdaderamente notable por su blandura, y un par de botines hechos con este mismo cuero. Había también un gato de nueve colas que en el corte de las tiras daba una buena idea del espesor parejo del cuero. Presentó una colección de los ponchos tradicionales y una tira de género mandado tejer en Estados Unidos, esponjoso, suave y lanudo, que daba toda la impresión de un grueso género de vicuña.

El guanaco, calumniado como plaga nacional, se defendía solo y muy brillantemente. El doctor Suárez recordó que en 1715, los colonos españoles se quejaban ante la corte de Madrid de los reales e inconmensurables daños que producía el ganado vacuno cerril en las quintas de la ciudad de Buenos Aires. El Director del Jardín Zoológico insistió en que debían buscarse los medios de utilizar la carne, pues a él le constaba que en un frigorífico cercano a Punta Arenas, años atrás, se ponía un porcentaje de pernils de guanaco entre los de capón.

Debido a la escasez de las materias primas confeccionadas, presentadas a la reunión, se resolvió repetir las pruebas con mayor número de cueros, y el presidente de la comisión declaró que una vez obtenidos los fondos encargaría al doctor Richelet que juntara los productos de un millar de guanacos, haciendo además charque salado y charque dulce, tanto para la alimentación como para fabricar polvo de carne, etc.

El Director del Jardín Zoológico, indicó al señor Richelet un punto en el territorio de Santa Cruz, en las nacientes

del Deseado, donde existe un magnífico despeñadero utilizado ya en otros tiempos por los tehuelches, para hacer amplio cerco de caza y juntar sin mucho gasto las reses necesarias para el ensayo.

Mientras tanto parécenos que para la Argentina, la riqueza del guanaco, bien explotable, no está aún comprometida.

C. O.

DISIPANDO ERRORES

Los cisnes que cantan. — Los pelícanos que se destripan.

Los cisnes y los pelícanos están aureolados de leyendas que por más poéticas que sean hay que disipar, pues no responden a la verdad de los hechos. Hay otros animales a los que se les ha rodeado de leyendas sombrías y feas, producto de la ignorancia; otros, del todo calumniados por el hombre. Todos esos errores hay que tratar de disiparlos y lo haremos poco a poco que vayamos recordando.

Una maestríta, linda y fresca como un botón de rosa, pero ingenua como un par de zapatitos de cabritilla, se separó un día en el Jardín Zoológico, del grupo de sus bullangueras alumnas, y, con todo el aplomo que le daba su linda frescura y su diploma, probablemente flamante, me dijo que era muy estudiosa y un poco romántica y que, en el interés de la observación directa, me pedía que hiciera el favor de avisar a la Directora Cual, de la Escuela número Tal, cuando algún cisne estuviese muy enfermo, para poder oír el armonioso canto que emiten estos palmípedos en sus últimos momentos de vida. Sentí en mi interior la lucha entre el naturalista y el hombre galante; de primera intención le hubiera contestado: no diga tonterías.

Venció la galantería: —Usted es poetisa, señorita, y poetisa que ha leído mucho; recuerda seguramente el verso de Horacio cuando llama al cisne el cantor de su carne mero; y seguramente recuerda el clásico dístico de Virgilio, cuando dice que en el aire quieto resonaba con tristeza la dulce melodía de la garganta moribunda. Pero, vea, señorita: está ya constatado que esas son fantasías de poetas; que el cisne habla poco durante su vida, pero habla y cuando lo hace es por medio de unos sonidos roncós y desagradables, como corneta rajada; y que el cisne cuando muere, muere callado. Yo, por mi parte, puedo asegurarle que he presenciado muchas muertes de cisnes y de sus similares los gansos (aquellos que en vida hablan por su propia boca) y jamás he oído que estos palmípedos cantaran en sus propios funerales.

Y la linda criatura, un poco decepcionada por mi contestación, se puso algo encendida y caminó hacia el grupo de sus chicuelas; caminó y se detuvo un momento; la ví frente a su espejito del tamaño de dos centavos; recurría a su gran amigo, a su gran consejero, al otro cisne diminuto y de plumón empolvado, acostumbrado, como el mitológico cisne de seda, a acariciar esas mejillas, hechas todas de leche, hechas todas de pétalos de rosa.

Y, guapa la chica, volvió a la revancha; pero esta vez bien armada de la sonrisa incrédula de la escéptica. —Señor,— me decía,—recuerdo ahora que, pasando frente a los pelícanos, estas niñitas me preguntaron si era cierto que los padres alimentan a sus hijos con la sangre y la carne que arrancan de su pecho. Yo, naturalmente, les he dicho que esto no es cierto; pero quisiera que usted me ilustrara haciéndome saber hasta que época se ha sostenido tal patraña. Y sus ojos llenos de luz e impregnados de malicia, saboreaban su triunfo. Yo le contesté doctoralmente: —Se disipó del todo la leyenda después que una revista parisiense, publicó una caricatura en colores que se hizo famosa: una pelícano abriéndose el pecho

y sus dos polluelos con el picacho dado vuelta con gesto de asco. Abajo decía: "Tonjours de la tripe".

Vió ahora quizás pintada en mis ojos la pifia, y de inmediato, delante de mí, recurrió a su gran amigo, a su gran consejero, el cisne diminuto, de plumón empolvado, acostumbrado como el de seda a pasearse por las mejillas todas de leche, todas de pétalos de rosa.

La lechuza y el caburey

Una estancia muy de las afueras: en la amplia cocina de la cuadra de peones sube pesado el relente de los esquiladores, tendidos sobre sus recados: las conversaciones fueron raleando: empieza el silencio del sueño: el fogón, que amontonó cenizas, no refleja ya rojas penumbras. El grave silencio del sueño inminente es ya completo, cuando arriba, en el alero del rancho, estrídulo resuena el áspero canto de la lechuza. Una corta claridad de una llama, último saludo del fogón que se apaga, deja percibir un pequeño movimiento simultáneo de todos esos cuerpos rendidos por la fatiga de la esquila. La lechuza cantó, y, esos guapos y sinceros despreciadores de su propia vida, se han persignado temerosos, pues la lechuza ha cantado. Todos piensan: ¿quién será mañana al que le toque?, pues la lechuza canta porque lo sabe: mañana alguno morirá.

Una estancia muy moderna de los más valiosos campos de la provincia. La casa, casi un chateau, está toda iluminada. Se ha cantado, se ha jugado, se han tomado ya los últimos grogs de whisky para irse a acostar: es la una de la mañana. Los hombres salen un momento al corredor para tomar la última bocanada de aire y para ver el tiempo que hará mañana. Están encandilados por la luz de las habitaciones: la noche parece más oscura y la sombra de los árboles del magnífico parque circundante parece que se han acercado en las tinieblas. Quien opina que el cielo está encapotado, quien que es todo estre-

llado: a los pocos segundos la vista se acostumbra y las opiniones se uniforman. En ese momento, entre las ramas del pino más desarrollado, estrídulo resuena el áspero canto de la lechuza y dos puntos de fuego amarillos, la fosforescencia de las pupilas, indican donde está posado el pájaro de mal agüero: las escopetas están siempre en el hall, ahí a la mano, la caja de los cartuchos también; rápido se carga un arma y la profecía funesta se ha cumplido en el momento: el pobre pájaro interpretado como anunciador de muerte, cayó al suelo fulminado. Para decir verdad, su canto era de amor, era de alegría: llamaba a su compañera al festín de las gruesas cucarachas reunidas a millares alrededor de una lamparilla eléctrica.

En la ciudad, en aquellos barrios un poco retraídos del gran tráfico central. La vieja quinta tiene árboles copudos que dominan una casita modesta de la esquina, donde un pobre enfermo no encuentra aún el sueño reparador: la *veilleuse* marca en el cielorraso pequeños círculos semovientes: la madre vela a la cabecera: son las dos de la mañana: entre el leve susurro de las copas frondosas de la quinta cercana, estrídulo resuena el áspero canto de la lechuza. La madre siente oprimirse el corazón y se calla; aprieta con más fervor las cuentas del rosario: el muchacho extiende el brazo y su mano febriciente recupera fuerzas para apretar temeroso la de la madre angustiada: ella no dice, ni él tampoco dice: pero ha corrido por ese dormitorio el frémito de la muerte. A la hora en que aún en los enfermos la temperatura decae, el termómetro marca un ascenso: fué el canto de la lechuza. Pero el muchacho es fuerte, la enfermedad declina: pero la fe ciega en la profecía no declina: cuando en la convalecencia, entre las ramas copudas de la quinta cercana, estrídulo resuena todavía el áspero canto de la lechuza, la madre recordará y el muchacho también: ahora ya se habla de ella. ¿Quién en el barrio estará

por morirse? Y el muchacho me da mucho fastidio: tanta fe en las agüerías merecería de veras una recaída de ese muchachón que está en primer año de medicina, que llama a la religión una superstición, y que, el muy pavo, llegó a 40 grados de temperatura porque una lechuza cantabá.

Todas las noches en los aleros de mi casa (única vivienda en 18 hectáreas de terreno), desde hace once años las lechuzas noctámbulas del sordo vuelo aterciopelado, cantan sus cortas y estrídulas notas. Yo no me he muerto y mi mujer vive todavía. Con sus fúlgidas pupilas de topacio sondan la gran tiniebla para precipitarse rápidas sobre el minero que pasa furtivo o esperan desde su mirador el vólido tosco y ciego de las grandes belostomas u otras cucarachas por el estilo.

Quiero a la lechuza porque destruye animales nocivos, y admiro a la lechuza porque, invisible e inerte, con su solo chistido hace estremecer a los ignorantes y siento la agradable sensación de diferenciarme de ellos.

Y vean la coherencia humana; mientras se queda aterrada al solo canto de una pobre lechuza, útil destructora de lauchas y mangangás nocturnos, rinde culto como a fetiche de buen agüero a una terrible y pequeñísima lechucita, llamada Caburey o Rey de los pájaros, la que no sabe su oficio de lechuza, pues anda de día, que no caza roedores o insectos, sino que con sus morisquetas y sus grititos agudos, atrae a su alrededor a pajaritos insectívoros para, con su espolón de rapaz, degollar tranquilamente a uno y desfondarle el cráneo con su pico cruel. Pero así es el mundo: siempre encandilado, siempre papanatas ante las figuras de Alejandro, Julio César, Napoleón, Rocambole y Arsenio Lupin!

La ridícula superstición del Caburey-Mascota es de fecha relativamente reciente: razón de más para atacarla más pronto. Creen en el poder milagroso de las plumas del Caburey, sobre todo los Catedráticos del Turf: más de dos docenas de plumitas de gorrion he distribuído yo, ante la insistencia de muchos pedidos. Como algunos me han agradecido la suerte que han tenido, me perdonarán el engaño: para los otros que me sirva de disculpa, que yo no puedo desplumar los Caburey del Jardín Zoológico.

Pero ahora debo usar toda mi diplomacia circunlocutoria, para decir que otras personas creen en el Caburey. En la mitología griega, la pequeña lechuza, parecida al Caburey, era el animalito dedicado a Minerva porque ésta es la casta diosa de la ciencia, y la noche, simbolizada en la lechuza, es amiga de los estudios. Pero los epítetos que llevaba Pallas Minerva, eran los siguientes, dichos en el lenguaje de Virgilio: Casta, innupta, púdica, innuba: y la lechucita, enjaulada, era como el genio tutelar de las tranquilas casas de los sofos.

Ahora el Caburey, la moderna lechucita de la mitología pagana, sigue conservada en jaula dorada, pero como genio tutelar de los cortos viajes a Citere, y las proxenetas, tan poco les cuesta el dinero, ofrecen hasta quinientos pesos por un Caburey vivo. Por lo tanto, la lechucita moderna no es ya la avecilla dedicada a Pallas, la casta amiga de las vigiliass estudiosas, sino que está consagrada ahora a la diosa Afrodita, cuyos epítetos, dichos en latín, por el mucho respeto que los lectores me merecen, son: turpis, lasciva, proterva, procax, salax, insana y sobre todo perniciosas.

A pesar de que he terminado en latín y nadie habrá comprendido, creo que ya nadie va a escoger al Caburey como fetiche porte-bonheur.

El escuerzo no es peligroso

Son las once de la noche: a la luz mortecina y casi opaca de una luna en cuarto creciente, que ya va a ponerse tras del bosque sombrío, vaga por el campo como un negro y sutil fantasma, la bruja vieja, la que sabe qde a los últimos rayos lunares de ese viernes más cercano al solsticio los tiernos cogollos del chamico y las hojas más coriáceas del laurel cerezo tienen venenos más activos para sus filtros de muerte.

La cosecha ha sido abundante: ya regresa a la choza, y, al agitarse de sus harapos, entre las gramillas húmedas de la noche se levantan a su alrededor, como aureola siniestra, las frías chispas verdosas de las luciérnagas. El gato negro como azabache y de los ojos fúlgidos como topacios, su único amigo que la espera en la puerta desvencijada, enarca el lomo y levanta la cola para recibirla. Es el único saludo, el único cariño que conoce la vieja.

Adentro la leña arde tranquila y lentamente, hierve el agua en la ahumada piñata que parece suspendida en el aire: el llar está invisible: tan espesa es la penumbra que envuelve todo ese cuartujo. Ahora el gallo cantó ya la tercera vez: monólogos, cuchicheos que salen como silbando de los finos y exangués labios de la vieja, acompañan la lenta caída de los venenos vegetales en la olla que humea. La vieja vela su filtro, y el gato, hecho una rosca duerme tranquilo las cuatro horas del cocimiento: el alba aclara ya en penumbra agrisada el siniestro y obscuro tabuco; las brasas están ya mortecinas y la olla ahora debe descansar sobre esas cenizas calientes.

De entre trapos mugrientos y húmedos, la bruja extrae un sapo enorme, que atado y colgado del llar, sobre los ca-

lientes vapores de la olla, está condenado a aumentar las fuerzas del filtro de muerte. La vieja empuña su varilla de maga, una rama delgada de un nogal infructífero con el que azota despacio y por setenta veces siete la áspera grupa verduzca del animal, que exuda viscosidades blancuzcas que recoge la bruja con la varilla y disuelve en el filtro caliente.

Pasan las alondras cantando. El filtro ya es un veneno real y eficaz por las proteínes sudadas, por el sapo viviente y martirizado y sobre todo por los alcaloides de los vegetales.

Pero esa bruja medioeval, en su maldad y en su ignorancia, sabía sobre los venenos un poco más que muchos intelectuales de nuestro siglo, y de esta tierra que se horrorizan y huyen desavoridos ante un inerte y pobre escuerzo.

Y el escuerzo argentino (los naturalistas le llaman *Ceratophrys ornata*), es el sapo más lindo del mundo por su piel variegada de verde y como cloisonné con esmaltes amarillos y rojos. Es el aristócrata entre los sapos, por su ropaje, por ser más escaso y sobre todo por su mesa, que es más abundante y refinada que la de sus primos comunes. Mientras que para éstos el puchero de cada día se compone siempre de moscas y de alguno que otro insecto más grande, las tragaderas del gordinfón escuerzo, mucho más amplias tienen en sus banquetes diarios el menú siguiente: Langostas, naturalmente cuando es el tiempo de ellas, como los langostines para los ricos; después el puchero consabido de moscas, etc.; un buen met de limazas, mangangás y frecuentísimamente alguna lauchita que viene a corresponder al civet de liebre de la mesa de los ricos; y, cuando repican fuerte, o sea cuando algún gorrion se descuida, es agarrado vivo, muerto lentamente entre sus fauces, y cuando al fin alcanza a tragarlo, está ya faisandé, como los faisanes de aristocráticos banquetes.

Bueno, pues, animales tan lindos en su especie y tan útiles por lo que comen, son calumniados y se les hacen los siguientes cargos: que si llegan a prenderse de un dedo no

hay fuerza humana que les haga abandonar la presa, y que con ese mordisco inoculan un veneno poderoso que mata.

El escuerzo no tiene dientes desarrollados sino finos, cortos, y juntos como alfileres en papel de mercería, que entonces no pinchan; más que dientes son asperosidades como de papel de lija: con sus mandíbulas hace suficiente presión, la que no llega a ser dolorosa, sobre todo en dedos percudidos y callosos, y si se sacude el dedo con un poco de brusquedad, cae el escuerzo al suelo y retumba sonora su panza. Sus glándulas parorítidas, muy al fondo de su boca, tienen una mínima cantidad de veneno, menos que los sapos, y esta substancia, extraída por la ciencia e inoculada a un conejo, no es suficiente para darle un dolor de cabeza. Pero el escuerzo, como todos los sapos tienen una cantidad de glándulas que segregan veneno y están diseminadas entre los poros de la piel y, sobre todo de la grupa. La viscosidad húmeda de esos batracios es la secreción de esas glándulas. La vieja bruja de los tiempos pasados, iba por lo tanto mejor encaminada que los instruídos de los tiempos actuales: irritaba al sapo flagelándolo, éste segregaba más humor, que ella recogía y agregaba como para dar relieve a la fuerza de los venenos alcaloides vegetales.

Si algún lector siente decidida vocación para asesino y quisiera un tóxico para despuntar el vicio, no le aconsejamos que haga la flagelación y el raspaje de la piel de los escuerzos, pues según Phiselix, uno de los sabios que más se han ocupado del veneno de los batracios, debería ante todo cazar 741 escuerzos, cosa no muy fácil, proceder a la mezela del veneno viscoso con el agua destilada, hasta obtener un líquido opescente, filtrarlo en la bujía Chamberland y a una presión de cinco atmósferas tratar con el cloroformo la substancia amarillenta que queda sobre el filtro, pasar a seco el nuevo líquido y la resina restante representa el veneno de los sapos y de los escuerzos, llamado "bufotalina"; inyectado a un chanchito de la India lo mataría, paralizando el corazón en sístole. Pero si el tau paciente preparados del

veneno quisiera con él eliminar las discusiones con la suegra y le hiciera una pequeña inyección en la cara, resultaría tan sólo un cachete hinchado por dos días: y francamente no vale la pena: para eso es más rápida y más contundente una buena trompada.

C. ONELLI

El teru-teru emblema de los boys-scouts.

Los boys scouts, que deben ser observadores y amigos de la naturaleza, han de buscar en ella el emblema que los represente mejor. El otro día un capitán me preguntó: ¿Qué le parecería si eligiéramos por nuestro emblema al gallo? —Me parecería muy mal, le contesté, por tres razones: 1.º porque ya es el emblema de las policías y ustedes no son vigilantes; 2.º porque el gallo es un celoso y un peleador y ustedes no son ni lo uno ni lo otro; y 3.º porque su famoso canto es tan sólo un cacareo a horas determinadas de la noche y que lo emite por costumbre, así esté encaramado en un árbol, metido tranquilamente en un gallinero o encerrado en un cajón de kerosene y en viaje en un tren nocturno. Eso no es una vigilancia sino una especie de reloj, que da las horas tan sólo a media noche, a la madrugada y de día cuando se le antoja. Les aseguro a ustedes que si el general Baden Powell hubiese conocido un pajarito sudamericano y sobre todo argentino, ya lo tendrían como emblema todos los boys scouts del mundo, y bien pueden adoptarlo ustedes con preferencia a cualquier otro símbolo.

Hablo del tero: para saber bien sus méritos, hay que conocerlo en el campo, y allá vamos por un momento.

La estancia es grande: sus deslindes están más atrás del horizonte que nos rodea: aquella mancha azulada y lejana es el bosque que rodea las casas: todo el resto es igual, parejo, liso, uniforme y pesado bajo la cánicula meridiana de un fuerte sol de Enero que tiene agobiados y echados en el suelo

a los ganados que, como febricientes dormitan bajo esos rayos de fuego. En la pampa, el silencio de un mediodía de verano es tan solemne como el silencio nocturno. Marchamos al tranco fatigado de nuestras cabalgaduras: un escucha de la pampa nos ha visto ya y avisa a gritos nuestra presencia; otro escucha contesta más lejos, y, sofocado por la distancia llegan apenas a nuestros oídos los gritos de otros que responden a la voz de alerta: son los teros que han avisado; y ya las vacas se levantaron pesadamente del suelo y miran hacia nosotros. El obscuro padrillo, al frente de su yeguada endereza las orejas y espera; un zorro de la cola esponjosa pasa rápido como el viento en busca de la cueva y unos caranchos se levantaron bruscamente de una osamenta y dan en lo alto cortos volidos redondos, para enterarse de la novedad. Los teros nos vieron y nosotros todavía no los podemos ver en su ropaje agrisado que se confunde también con el color uniforme de la pampa amarillenta. Y seguimos adelante: y ya un tero y ya dos se levantan del suelo y como pequeños aeroplanos exploradores, vuelan en redondo sobre nuestras cabezas y gritan el alerta. Y el alerta es nuevamente contestado por todas partes. Ya en las casas lejanas del establecimiento deben saber nuestra llegada: ya quizás los perros ladran y husmean el viento; ya quizás el mayordomo de la estancia con sus anteojos de larga vista está descifrando a distancia para reconocer nuestras siluetas que recién aparecen en el horizonte.

Más tarde, cuando al fin lleguemos a su presencia, sabremos que diez kilómetros antes de llegar a la estancia, nuestra presencia en el campo estaba ya anunciada por los pequeños teros, los Escuchas de la Pampa.

Y de noche, en el campo, la vigilancia del tero se redobla; y en el tiempo de la postura de los huevos su vigilancia se triplica, pero entonces cambia de táctica: la hembra queda inmóvil y del todo aplastada sobre el nido bien disimulado y no grita: el macho merodea a unos cincuenta o más metros de distancia y emite su estrídula voz recién cuando el intruso

pasa cerca de él; y grita y se levanta en el aire tratando de distanciarse aún más del nido y volando alrededor de alguna mata más grandecita para que el intruso crea que su hogar está en ese punto.

El tero nunca pierde su instinto de escucha; llevado a los pequeños jardines de la ciudad, sigue siendo el guardián vigilante que todo lo ve y todo lo anuncia. Es, en fin, el animalito al que mejor le viene nuestro lema "siempre listos", pues de veras lo es.

Yo creo que el código de honor de los boys scouts, porque lo cumple, casi se puede aplicar al simpático y avizor pájaro argentino.

1. ¿Es digno de toda confianza? Lo es, pues su grito de alarma lo emite solamente cuando nota algo insólito.

2. ¿Es leal? Si no lo fuera, el hombre no lo tendría en su casa como perro de guardia.

3. ¿Es útil? Lo es: los otros animales del campo descansan tranquilos sobre su vigilancia: por eso cumple también con el

4. precepto de ser amigo de todos.

5. ¿Es cortés? Lo es: además de una pequeña reverencia que parece hacer, avisar a las casas vuestra llegada es cortesía.

6. ¿Es bueno con los animales y las plantas? Es bueno con los primeros porque les avisa posibles peligros: es amigo de las plantas porque destruye insectos dañinos.

7. ¿Es obediente? Lo es a las leyes de la naturaleza hasta en nidificar, pues es el primero en poner los huevos.

8. Si no es risueño da por lo menos una nota de alegría y de vida en el gran silencio de la campaña.

9. Es económico, pues no malgasta para nosotros los granos y es sobrio destructor de insectos.

10. Es limpio de cuerpo, pues no hay pájaro desaseado; y es limpio de obras, porque no hace mal a nadie.

11. Se gobierna a sí mismo; tan bien se gobierna que jamás falta a su precepto de vigilancia, y los demás vivientes se gobiernan y se amoldan a su conducta.

12. Es muy valiente: que si un cazador de esos que van con el arma al brazo y por espíritu de destrucción hiera o mata a alguno de ellos, los demás vuelan alrededor del asesino, tratando de herirlo en la cara con la púa que llevan en el codo del ala.

Por lo tanto podemos declarar al tero como un buen boy scout argentino y tomarlo como nuestro emblema.

CLEMENTE ONELLI

Sobre tambos modelos

Se enviaron a Montevideo los siguientes datos solicitados: El tambo de Palermo es un chalet de estilo normando, que ocupa una superficie de cuatrocientos metros cuadrados, de los cuales doscientos veinte y cinco están dedicados completamente al establo de diez vacas y sus crías.

En las instalaciones internas se tuvieron presente las indicaciones sobre lecherías, aconsejadas por el doctor Baginsky, de Berlín, especialista en la materia y se tomó en cuenta la gran lechería Oud Bussem, en Holanda, dedicada exclusivamente al expendio de leche cruda. Se prescindió de tales indicaciones cuando el clima y el ambiente no hacía necesario seguirlas: por ejemplo, la calefacción, la cama de arena, etc.: mientras que otras sobre el espacio y la ventilación fueron aún mejoradas.

La ventilación del establo fué metódicamente hecha a varios niveles desde el suelo al cielorraso, de manera que la renovación de aire por medio de tiraje natural se efectúe bien con cualquier temperatura, cualquier tiempo y a cualquier hora del día.

Como el doctor Baginsky dice que los box ideales para cada vaca son los mejores aquellos que no encajonan y estancan aire viciado, se hicieron estos box de barras de fierro, con un tejido especial norteamericano, con lo que resulta que el galpón es un vasto salón por donde el aire circula libremente.

El techo es de amianto; las paredes de retoque impermeable blanqueado con cal y alumbre, con un alto zócalo de

1.80 metros revestido de mosaicos; el piso es impermeable, con un declive general convergente hacia el centro y con canaletas donde escurre los líquidos; cada box tiene, además, un declive lateral para que la cama quede siempre lo más seca posible. Los bebederos y comederos son de mayólica y colocados en el suelo como en la lechería Oud Bussem. Frente a los boxes de cada vaca, con bebedero y comedero común, hay un pequeño box para el ternero de manera que la madre esté tranquila viendo su cría y ésta no pueda mamar.

Cuando se obtengan vacas primerizas, se criarán terneros a parte y artificialmente.

Corre en el centro del galpón y por los cuatro costados amplia callejuela para el servicio de las mismas vacas. A cada seis metros hay una canilla de agua corriente.

En un rincón está la pileta con servicio de agua caliente para el lavado de artículos de lechería y un triple lavatorio, sistema Baginsky, con agua tibia para el aseo de las manos de las ordeñadoras.

Con entrada al mismo galpón está la pieza destinada a depósito de forraje y granos y las dos salas bajas de despacho.

En éstas, desde el piso hasta el cielorraso, está toda revestida de mayólica: la mesa de despacho es de grés esmaltado y parecido a las mesas de autopsias. El mobiliaje es de laqué blanco, de manera que el aseo y la limpieza se hace por sí misma obligatoria y repetida varias veces al día.

Los despachos son una especie de loggia defendida del exterior por medio de tejido de bronce.

Alimentación de las vacas

El tambo de Palermo está estrictamente ligado con el otro del Parque Avellaneda a fin de que las vacas, después de 20 días de permanencia en el tambo central, con estatulación casi permanente, puedan trasladarse al de Avellaneda cuyo

régimen es de medio galpón, pasando allá alrededor de 9 horas diarias en los potreros sembrados.

En el establecimiento de Palermo, las vacas gozan tan solo de 2 y 1|2 horas diarias de pastoreo, el que actualmente se efectúa en los buenos pastizales del Stadium llamado de la Sportiva.

El régimen de alimentación diaria para cada vaca, es el siguiente: forraje seco a discreción, del llamado pasto mezcla; 1 kilogramo de avena molida con 2 kilogramos de revacillo, hecha en pastón con agua ligeramente salada, a las seis de la mañana y a las 5 de la tarde.

En tres veces diarias, 15 kilogramos por cada vaca de alfalfa verde. Además, cada vaca gasta en las 24 horas alrededor de 35 kilogramos de paja para cama.

Las vacas son bañadas dos veces por semana con ducha y todos los días lavadas con agua y jabón y enjuagadas con agua mezclada ligeramente con cloro-nafteol.

La higiene de la leche

La higiene de la leche se obtiene por el siguiente reglamento:

Todo individuo del personal del tambo, además de certificado de vacuna, ha presentado su certificado médico, de buena salud.

Está obligado a denunciar cualquier malestar que tenga y cualquier enfermedad que tenga algún miembro de su familia.

Está obligado a bañarse diariamente en el verano y dos veces por semana en el invierno.

Está obligado a llevar los delantales de enfermero siempre limpios.

Se inspecciona dos veces por semana la limpieza de la ropa interior.

Esta última exigencia no es tan severa con la peonada, que necesariamente tiene que ensuciarse en el cuidado de los animales.

Es prohibido fumar y escupir en el establo.

Se procede al ordeño de la siguiente manera :

Los peones se lavan con cepillo y jabón las manos y las ordeñadoras hacen lo propio, pero durante cinco minutos y con los brazos desnudos hasta el codo, se hace bajar la leche con el ternero, el que se retira enseguida, después se lava con agua tibia, jabón y esponja, la ubre de la vaca, se enjuaga con agua tibia limpia, después se pasa ligeramente un pulverizador con agua oxigenada a la ubre y la mujer empieza el ordeño mientras que un peón tiene la cola de la vaca (se ha encontrado engorroso el sistema de enganchar la cola durante el ordeño).

Se deja un poco de leche para que el ternero tenga con que alimentarse.

Los tarros, los baldes, los filtros, son lavados tantas veces cuanto se necesitan con agua caliente, jabón, una áspera esponja vegetal y vueltos a lavar con agua y amoníaco, pues se ha comprobado que el desgrase es más rápido, más fácil con esta substancia que con la soda.

La leche ordeñada es en seguida pasada al despacho, donde desde los baldes y con el filtro "Ufax" es pasada al depósito de expendio.

Se hace tan prolijamente y tan mecánicamente ese filtraje que la leche así obtenida, según análisis de la Asistencia Pública, en 5 días no dió cultivos de micro-organismos (informe del doctor Piñero).

Las ordeñadoras han terminado ya su principal misión y se convierten ahora en despachantes de leche. Pueden ahora impugnemente manejar el dinero, por cuanto los vasos de papel del expendio lo tocan solamente en su base inferior; las vainillas expresamente fabricadas por Bagley, vienen en

paquetes sellados: no hay, por lo tanto, promiscuidad de contactos.

La leche ordeñana a las 8 de la mañana, se deja así con su tibieza natural hasta las 12 del día; a esa hora, previo lavaje y desinfección, se sumerge en ella el depósito de hielo para expenderla fría por la tarde a quien lo desee.

La leche que se ordeña a la tarde, se mantiene así con su temperatura natural hasta la hora de cerrar el despacho.

Si sobra leche se fabrica un poco de manteca para expenderla al día siguiente, usando una pequeña desnatadora a mano, de marca dinamarquesa.

Las vacas Holstein han sido tuberculizadas, adquiridas con certificados de vacuna hecha a cargo del vendedor; y además, después de un tiempo prudencial, la dirección del Hospital de Vacas ha resuelto a tuberculizarlas, y entregando el certificado de cada animal, el que está a la cabecera de cada box.

Semanalmente un técnico de tambos y lecherías de la Asistencia Pública, analiza la leche dejando su certificado de inspección. ⁽¹⁾

Horario para el despacho

A fin de que las vacas no sufran y den siempre la leche fisiológicamente igual, se ordeñan a horas fijas dos veces por día. El doctor Baginsky se opone rotundamente al ordeño de la vaca por cada cliente que se presente, y sus consejos han sido adoptados en todas las lecherías modelo de Europa.

El despacho está habilitado de 8 a. m. a 12 de día, y de 3 y 1/2 a 6 p. m. en la tarde, durante el verani; de invierno: de 8 y 1/2 a 12 y 1/2 y de 2 y 1/2 a 5 1/2 p. m.; con eso se consigue que haya leche en las horas que más la solicita el pú-

(1) Los pisos, las paredes, son diariamente lavadas a grandes aguas y rociado todo el conjunto con agua y cloronaftol, el desinfectante más poderoso y más inocuo al mismo tiempo para establos.

blico y se evita que por la mañana los trasnochadores vayan a disipar los vapores del alcohol en un establecimiento público y que después de la puesta del sol no pase algo parecido.

Por motivos de higiene y economía a la vez, los sirvientes de las vacas están obligados desde las 4 a. m. hasta las 7 de la noche a levantar inmediatamente, si es posible al vuelo en una pala, las abundantes deyecciones de los animales, las que son inmediatamente guardadas en dos depósitos de fierro con petróleo y desinfectantes.

A pesar de toda esta proligidad de las puertas correderizas de tejido, las moscas de los studs circundantes concurren en enorme cantidad al ambiente para ellas tan grato. Se trata de alejarlas contemporáneamente con los siguientes recursos: ventiladores, polvos de piretro, formol, agua, leche, azúcar y miga de pan, Daisy Killes, papeles pega-pega, desinfectantes abundantísimos, pero se consigue su desaparición completa en aquellos días templados y secos, cuando es fácil ahuyentar hacia afuera las más rebeldes. En las horas de la tarde, cada cliente que entra, a pesar de los groons que abren y cierran rápidamente la puerta, entran rodeados de una aureola triunfante de moscas que vienen a ubicarse. Es de esperar que estos insectos puedan ser dominados durante el invierno.

El personal de la lechería se compone de 3 peones para todo servicio a \$ 2.20 diarios: 3 mujeres encargadas del ordeño, de la limpieza de tachos y del despacho, de las que 2 ganan \$ 60 por mes, contando con propinas, y otra que se encarga de la caja, \$ 80; los dos groons, que ayudan al servicio y están encargados de cerrar las puertas, ganan \$ 35 por mes.

Según dicho de personas que han visitado las lecherías y los tambos de Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda y Dinamarca, el nuestro es indudablemente superior a todos por su lujo y por su higiene. Naturalmente esto implica que una

lechería así montada no puede dar ganancia, y solamente puede hacerla y explotarla una comuna. No es posible que aún entregando todo ya listo y en explotación a un particular, pueda honestamente exponerse, sino a una pérdida, por lo menos a una falta completa de ganancia.

C. O.

Los animales en la paz y en la guerra

En la fiesta anual que celebra la "Sarmiento", Sociedad Protectora de animales, el señor C. Onelli leyó la siguiente conferencia:

"Es la cuarta vez que nos volvemos a ver la cara con placer: y este complacimento que dura cuatro años es verdaderamente un progreso hacia la perfección: quiere decir que además de animales racionales somos también consecuentes; y la consecuencia es un don que los hombres van perdiendo pero que se mantiene íntegro en los seres a los que rendimos culto tan sólo ideal y platónico, por cuanto costumbres, necesidades, hipocresías y derechos del hombre conspiran contra ese culto y permiten apenas la manifestación teórica de nuestras ideas en las cajas de fósforos: pero hasta allí; pues no vamos a conseguir que se mate una vaca menos en los mataderos ni decretar la abolición de la esclavitud de los animales tan cómoda y tan útil para la humanidad.

Pero permítanme de no entrar tan rápidamente en materia sin antes saludar a las señoras: no necesito decir bellas señoras, porque desde aquí no distingo si son tales; pero me lo supongo y la ilusión la conservo celosamente para mí. Después necesito hacer una declaración previa y por la cual, mucho de lo que voy a decir me será perdonado. — Estoy enfermo: ¡qué terrible enfermedad es la misantropía! hace ver las cosas tal cual son. No sé si mi enfermedad es curable; pero aun no ha hecho crisis y todavía no ha llegado a la gravedad de que yo pueda decir con convicción: cuanto más

conozco a los hombres, más me aficiono a los perros. Pero he alcanzado a esta deducción filosófica: cuanto más practico a los animales, tanto mejor conozco a los hombres. Y ese conocimiento y esa práctica es lo que pienso comunicar a ustedes, amparándome bajo el diagnóstico de la enfermedad, que no es contagiosa, que no es dolorosa sino melancólicamente desconsoladora y deja tan sólo el gusto amargo del pesimismo cuando se piensa que el concierto de las leyes naturales, que es perfecto y admirable en su conjunto, falla a veces abominablemente y con patente injusticia en los detalles que están más a nuestro alcance y para los cuales podríamos llegar más fácilmente a la concepción de una fuerza directora perfecta, mientras que así a nuestra inteligencia que al final es limitada esa fuerza parece según los casos, injusta, ciega o fatal como el destino.

Por lo que respecta la vida en el mundo—como se nos ha enseñado por largo tiempo—los animales vivían felices sin conocer la muerte, sin conocer la rapiña, sin conocer las carnicerías, en un amplio y fértil parque señorial, que su alto dueño, el creador de los Jardines Zoológicos, llamó Paraíso Terrenal.

Colgando guirnaldas entre los cuernos de ciervos tranquilos, retozando entre leones y tigres, durmiendo entre la mullida pelliza de osos colosales, iba por allí jugando y riendo un animalito raro, que hacía pininos sobre dos patas, como un perro enseñado, como un penguino del mar; sus compañeros no le llamaban, pero pensaban que era Adán. Y Adán que se cansaba más pronto porque no se divertía como ellos en cuatro patas, se dormía más temprano y una vez, al despertar, sintió una costilla menos pero vió un lindo bichito más; era Eva que, ya celosa de las amistades del marido estaba echando a cascotazos a leones y tigres. Y así se produjo la primera desinteligencia entre el hombre y los demás animales.

Como en el paraíso no se conocía el bromuro de alcanfor y de potasio,—las raíces, las bananas y las uvas que eran tan sabrosas para él, resultaron comida aburridora y ordinaria para ella: y vinieron los días aciagos de la manzana y de la víbora aquella, que fué la primera aliada, tanto que a veces se confundieron y se identificaron una con otra. Vino el atracón colosal de manzanas; Adán naturalmente se indispuso e infectó el aire del paraíso. Eva más coqueta, más delicada era imposible que sintiera esos efectos groseros: tuvo tan sólo un gran ataque de nervios; tomó la significativa y recatada posición de la Venus de Médici y gritó angustiada a su compañero: “Pero, querido, si no tengo que ponerme: mais mon ami je n'ai rien a me metre”. Y he aquí como de una indigestión de fruta nació la moda y el quejido angustioso que al través de los siglos se repite constante al oído de los maridos: “mais mon ami, je n'ai rien a me mettre”. Y Adán, pálido y desencajado, todo dolorido por la reciente indisposición, con sus manos toscas fabricó la primera flecha de sílex, curvó una rama, cortó una trenza de oro a Eva—la primera mecha de pelo dada a un enamorado—hizo la primera cuerda y salió del arco el primer flechazo que jorobó a un camello: no tenía el pobre animal ese signo clásico del predestinado; quedó la joroba en sus descendientes para marcar con ese signo indeleble la primer muerte acaecida en el paraíso; la muerte de un inocente, cuyo pelo color kaki, era codiciado por la moda femenina que ya se iniciaba en el mundo. Entonces se obscureció por la primera vez el sol con nubes de tormenta; las hojas perenes del vergel, a la primera brisa destemplada, se volvieron caducas; el león tuerto por el primer cascotazo recibido, se refugió bramando en las cuevas; el ciervo juró que sus cornamentas no serían más perchas de orquídeas, sino armas de alto y filosófico significado. Y la hosca escena tuvo su momento culminante y sombrío, cuando los tiernos lobos, que hasta entonces habían comido choclos y los cándidos cuervos que

como colibrís se habían nutrido del néctar de los floripones, cayeron en tropel a hartarse con la carroña del pobre jorobado. Fué un escándalo: el creador de ese divino Jardín Zoológico envió a sus agentes de la varita fulgurante: los lobos huyeron, los cuervos renegridos levantaron su vuelo ya pesado, y, aquel matrimonio reducido ahora a la agobiada silueta de unos puesteros echados de la estancia, salieron al campo pelado, y fabricaron flechas y más flechas y comenzaron ya su triste profesión de mataderos, carneadores de animales ajenos y siguieron llenando las estadísticas policiales del tiempo (las llevaba un serafín) de animales desollados, de mamouths precipitados en las trampas, de camellos atados a la noria. Y este animal—el predestinado para marcar las infamias del hombre a través de los tiempos—se jorobó otra vez, cargando sobre sus espaldas una gibosidad más. Hoy es siempre el signáculo de una de las múltiples perversidades humanas; hoy, no pudiendo admitir una carga más sobre su lomo, para recordar las pecaminosidades de la que fué su primera enemiga, terrible como una ironía, entrega su pobre nombre para llamar con él a los cascajos de la agitada y deshonesto vida mundana; ustedes conocen, yo conozco, todos conocemos las pobres “epaves de la vie”. que —reflejo aún de la primera culpa femenina—llamamos “vieux chameaux”.

Así que la primer muerte en el mundo fué la de los animales: recién treinta años después cayó Abel, molido a palos por su hermano Caín, el más genuino descendiente de esa pareja de animalotes crueles. Adán, dicen, que vivió 900 años; ¡si habrá tenido tiempo de matar animales! Eva unas cuantas decadas más: si habrá tenido tiempo de cambiar de moda, poniéndose hoy un abrigo de zibelina, mañana uno de astrakán, el año siguiente una “parure” de plumas de loros! Pero dicen que siempre fué consecuente, a su manera, con la serpiente que la tentó y le hizo inventar las modas: dicen los cronistas sociales del tiempo (eran unos diablitos) que

jamás en toda su vida abandonó el rebozo querido, la magnífica boa que en sus años juveniles de rubia espléndida, acarició la garganta más blanca, más aterciopelada y más perfecta, la que hubiese salido vencedora en cualquier concurso de belleza de "La Gaceta de Buenos Aires"; garganta límpida y magnífica, pero garganta que por su gula inventó la muerte.

Si les he dicho que estoy enfermo, que mi enfermedad es la terrible misantropía que hace ver las cosas tal cual son, comprenderán ustedes como yo no puedo sentir fuerte cariño por esta antepasada mía, de cuyo magnífico claustro de madre fecunda no me jacto de descender, pues los antepasados de ella que fueron también los míos y los de ustedes, cayeron agonizantes ante esa antigua Lucrecia Borgia que quiso adornarse de sus pellizas, que quiso alimentarse de sus chinchulines.

Y la matanza empezó: así fué inventada la muerte. Bien pues, si la historia es, como dicen, la maestra de la vida, con la ayuda de la clarividencia que me da mi enfermedad angustiosa ante esa hecatombe que inició de manera tan violenta el nuevo acontecimiento del fin de la vida orgánica en el mundo, yo me pregunto y me contesto: si en las leyes naturales se veía ya necesario la extinción de la vida, mucho más estético y más digno del parque paradisiaco, hubiera sido que el sueño habitual de la fauna se prolongara una vez para siempre sin necesidad de que la inteligencia de Adán inventara la primera flecha, sin necesidad de que brotara vívido y fumante el chorro de sangre, pues aquellas flechas en las manos del salvaje descendiente de Adán se perfeccionarían hasta tomar la tosca silueta del cañón 42 y las primeras granadas asfixiantes de Monsieur Turpin. Y esos escasos hilitos rojos que salpicaban los lirios blancos de aquel vergel, correrían como torrentes, cuando el hombre al través de los siglos y de las generaciones, llegara en su cultura a declararse hipócritamente humanitario y al mismo tiempo sangrara a

blanco a sus semejantes y a los animales mismos.—Y después me pregunto y yo mismo me contesto: Si Adán y Eva atracándose de manzanas prohibidas, adquirirían para sí y para los suyos el conocimiento del bien y del mal y su fatal consecuencia la muerte, ¿qué velas tenían que llevar en este entierro los pobres animales para heredar ellos los primeros la sentencia de muerte, pero ninguna de las ventajas de esa ciencia famosa que adquirieron los hombres?

Murieron tantos animales por mano de aquellos mismos que habían atraído la muerte en el mundo, sin embargo nadie se interesó por su suerte: y cuando los animales emperrados en no querer retrucar el asesinato, no se rebelaban, fué imprescindible que Caín fuera el instrumento necesario para que las maldiciones se cumplieran y el Registro Civil anotara el primer fallecimiento humano y este producido por muerte violenta. Era el primer hombre que moría: desde las regiones heladas de la noche se levantaron nubarrones grávidos de tormenta; un viento frío y bajo vino arrastrándose por las glebas desnudas y áridas y por entre las espigas sonoras y huertas del trigal maldito sembrado por el fratricida, remolineó el viento por entre la fronda de las higueras, y, sonoro como el eco, hueco como el grito de la conciencia, el murmullo del viento alado murmuraba insistente: “Caín, ¿que has hecho de tu hermano?” Y Caín el primer y diligente agricultor, malhumorado y violento por una cosecha perdida, con Abel que siempre le cacareaba su mayor influencia ante el dueño del mundo, podía quizás con cierta razón aparente contestar al viento importuno: “Había perdido la cosecha, tenía tiempo de sobra, tenía miedo que Abel un día u otro me degollara como a sus corderos para el sacrificio, y como todavía no hay jueces en Berlin, he dado curso a la ley que hace a la muerte obligatoria”. La defensa hubiera sido hábil y aceptada quizás por el tribunal de la Haya. Pero todo eso no se sabe si lo dijo, pues Caín no tuvo una prensa amiga y los radiogramas eran empleados tan sólo en el servicio oficial de las altas esferas.

Tan sólo se dijo por el mundo que Caín había inventado e introducido en la tierra la mentira dicha bajo la forma vaga y escurridiza de la diplomacia. “¿Soy acaso guardián de mi hermano? ¿no estará en el bosque cortando leña? Sobre este punto fundamental de la muerte violenta entre los hombres no se han publicado todavía libros blancos, rojos o azules que aclaren o enmarañen la cuestión. Lo único de cierto que hay es que Caín se excedió por “trop de zele”, que nadie lo nombró ejecutor de órdenes superiores, que Abel espía su trabajo y se reía de sus sacrificios que no eran aceptados, y por fin que Abel murió soltero y que por lo tanto la raza humana desciende de Caín, cuyos hijos, según la historia, fueron llamados “hijos de los hombres”.

Me parece que estos pergaminos no resisten por limpieza a los pedigrís de los animales. Pero el hombre es un poco sinvergüenza. no hace mucho misterio de esa descendencia, al contrario, sigue lo mejor posible las inclinaciones atávicas que le dejó Tata Adán por su debilidad de papanatas encandilado ante las curvas de Eva—“*toujours chercaez la femme*”—ha hecho propia la costumbre de Abel de sacrificar a los más altos y más grandes ideales vidas ajenas: Abel lo hacía con corderos, los que siguieron con hombres: despechado y criminaloide como Caín repite el fratricidio en gran escala: pero para eso, ya más evolutivo, quiso justificar su sed de sangre y cambió el nombre a su Dios: antes era Eli y Jehovah, que quería decir el Grande, el Oculto; lo llamó Sabaoth, Dios de los Ejércitos; Sabaoth que en los diccionarios del siglo XX no querrá decir ya eso, sino el Dios de los Matarifes en gran escala. Pero para poder llegar a este refinamiento había que acentuar y seleccionar por separado las buenas predisposiciones para el crimen que tenía de Caín: los nietos de éste se especializaron en ciencias completamente humanas; su nietito Nembrod fué llamado Gran Cazador antes Dios y Tubalcain inventó la manera de forjar y fundir el hierro: si el primero ha inculcado con sus cacerías

el apostolado de la muerte en sus descendientes, el segundo es el coadyuvador del primero y el Santo Patrono de esas usinas de cultura moderna que se llaman Armstrong, Creusot, Krupp.

Con esos antecedentes y que siempre se han ido ensanchando, se inició como un sistema continuo hasta nuestros días y continuará por los siglos de los siglos la persecución humana que usa y abusa de la debilidad intelectual de sus víctimas, la fauna entera del mundo.

No nos hagamos ilusiones: el evangélico y manso y venerable nuestro señor Presidente, ustedes, yo y las pocas docenas de adherentes a nuestras ideas desparramados en el mundo, somos unos pobres gatos cuando abogamos sinceramente, pero casi inútilmente por los derechos del animal, y somos unos malos gatos; cuando bienrepantigados venimos a oír la palabra santa de la misericordia con los animales, mientras que nuestro estómago elabora—por suerte silenciosamente—una digestión de roast-beef, pollos, a los que damos momentáneamente piadosa e hipócrita sepultura. Mi mente se horroriza al recordar las gran deshonestidad de pensamiento en que caemos y reincidimos nosotros, la plata labrada de la super-humanidad, los protectores de animales. Nosotros, admiradores platónicos o reales de las curvas estéticamente desarrolladas en la raza humana, admiramos la línea derecha del lomo del novillo Durham por la mayor cantidad de carne que esa línea representa. Nosotros, que aceptamos, quizás como cosa que ya no nos atañe, la extenuada flacura de la silueta femenina moderna, gozamos de una grosera sensualidad al ver la lustrosa vaquillona cuyo cuero al decir de los entendidos se raya con la uña. Cuando queremos celebrar una apacible fiesta patriarcal con el clásico cordero al asador, enviamos antes a quien groseramente tantee la gordura bajo la cola. No concebimos a una mulita caminando honestamente o escarbando la tierra, sino que nuestra imaginación calenturienta la ve siempre panza arriba y toda adornada de taja-

ditas de limón. A un chanco gordo y todo de rosa que gruñe satisfecho adentro de su pobre chiquero, le palpamos con la vista sus jamones, lo tomamos en seguida para la butifarra en el sentido más estricto de la palabra. Así somos nosotros la plata labrada de la super-humanidad, los protectores de animales.

Con nuestro hábito de carnívoros, con los estímulos de la gula, con los refinamientos del gastrónomo, con el santo egoísmo,—palabra ahora de moda para los neutrales—la raza humana, al través de todas las barbaries y al través de todas las civilizaciones, que realmente han sido y son barbaries más refinadas, ha organizado, ha legislado, ha consagrado la metódica y continuada matanza de animales, reasumiendo todo su cinismo y toda su hipocresía, por lo menos en el gran mundo cristiano, que se reputa el más culto. en la mentira convencional que pronuncia en su plegaria cotidiana “el pan nuestro de cada día dánosle hoy” y lo enseña y lo repite diariamente a sus crías, inculcándoles que debe ganarse el pan honestamente; pero ese pan es en realidad la res sanguinolenta y gorda, son los pollos colgados, cuyo encogimiento artificial convierte en ridícula hasta la posición de su muerte violenta; son el faisán y la galantina trufada, son el guisote que nada en el sebo de la riñonada y el salchichón morado y de rancio tocino que torna su amarillear en un verde de podredumbre. Todo esto según los gustos y los bolsillos es el pan que se pide para cada día. Por lo menos el criollo no miente; piensa, dice y trabaja para ganarse el puchero.

Naturalmente que es absolutamente inútil hacerse el apóstol de un vegetarianismo y de un frugivorismo a destiempo y anómalos ahora para la naturaleza humana, empedernida en el vicio alimentar carnicero que se ha hecho natural y necesario después de los tantos siglos de matanzas; pero no me negarán ustedes que si los animales tuvieran la gran desgracia de tener por lo menos dos dedos de frente, todos al unísono y en un deseo intenso que podría producir el milagro

y al mismo tiempo el desquite, deberían augurarse que la humanidad entera, exceptuando a los antropófagos, tuviera colitis permanente y disenterías agudas. Excluyendo a los antropófagos harían un acto de justicia que no se ha cumplido con ellos cuando por la manzana del paraíso terrenal, cayeron envueltos en la ley general de muerte. Pero, ¡ay! quizás esa patología intestinal humana para la cual serían ya insuficientes las obras sanitarias de las ciudades, no salvaría quizás la vida a los predestinados para víctimas; pues hay ya una escuela de sabios—yo conozco uno en Buenos Aires—que a pesar de esas miserias hacen trabajar lo mismo las mandíbulas trinchando y triturando sendos bifés, inmunizados con polvos milagrosos para persistir en la crueldad carnicera. Es uno de los tantos casos en los cuales la civilización, la cultura, el progreso, las ciencias, todos reunidos conspiran en agravar la persecución a los animales.

Esta esclavitud, esta ferocidad para con nuestros hermanos inferiores, viene continuando siglo tras siglo, minuto tras minuto como una ley inexorable y sobre todo eminentemente humana; y una ley humana para los animales debe tener la acepción bien justificada de ley injusta, bestial, asesina. Entre tanta fauna tuvieron solamente algún privilegio aquellas bestias hurañas y misántropas, que con el poder de su garra o de su colmillo supieron imponer el respeto: estos, los tigres, los leones, los lobos, que rehuyen el contacto del hombre, y que en lucha abierta y no traicionera pueden hacer respetar su vida, a estos, el hombre los consideró mayormente y les dió el título honroso de bestias feroces. No sólo, sino que, el que se atribuye el título de Rey de la Creación tuvo alta simpatía para el más hermoso asesino el león, y lo llamó Rey entre los animales. Entre verdugos a tout seigneur, tout honneur. Pero a los otros, sumisos, a aquellos pobres animales muy bestias para obedecerle y cederle la vida, de esos no respeta ni el nombre; pues cuando el hombre juzga a sus semejantes con esa bondad evangélica que tanto lo distingue,

trata de burro a los que el cree incapaces, de caballo a los que son más torpes que los anteriores; de vaca, yegua y oveja a las que absolutamente no tienen nada de vaca, yegua y oveja. Y todo eso es una injusticia negra; sin embargo, hay que reconocer que cuando el hombre dice chanco a otro hombre, hace una comparación verdaderamente sentida; pues es realmente cierta la repugnancia que le inspira un cerdo que come golosamente las más refinadas inmundicias; eso no quita que el insulto al decir chanco es pensando en el cerdo vivo, que en cuanto al chanco asesinado, en su entusiasmo de "gourmet" rebuscado, le come hasta las tripas.

Pero en estos preliminares de vista de conjunto en la relación que hay entre hombres y animales, me voy alejando un poco del tema prefijado y que era: los animales en la paz y en la guerra. Yo sé ahora porque no puedo entrar derechamente en materia; que paz y que guerra para los animales si ellos de noche y de día, en verano y en invierno, por los hombres cultos y por los primitivos, por los piadosos y por los crueles, siempre, siempre han sido explotados, maltratados y muertos, víctimas del sacrificio religioso, víctimas de la alimentación humana, pues hay una ley natural inexorable que los ha destinado a nacer, vivir y morir para usufructo y goce de una raza superior; inútil es comparar su vida en la paz y en la guerra, pues es siempre guerra para ellos, como son casi inútiles los esfuerzos generosos de esta institución y de las similares del mundo, empeñadas en la ímproba e irrealizable tarea de modificar las inclinaciones humanas, las costumbres establecidas y las leyes naturales, si estas mismas leyes son crueles en sí.

Sin embargo consideremos un momento los tiempos normales de paz. La raza humana es de por sí y también por ley natural eminentemente explotadora, cuando menos explota

un comercio, explota la tierra; pero, en su egoísmo necesita auxiliares que trabajen para ella. ¿Hay animales a mano y son útiles? pues ellos serán los explotados. ¿Cuestan mucho los animales? ¿son muy escasos o inútiles para tal explotación? Entonces la raza humana se bifurca en dos clases: los explotadores, más inteligentes; los explotados, que se llamaban esclavos. Esas explotaciones en gran escala dejan los monumentos gloriosos de las civilizaciones. Medio millón de esclavos levantan los maravillosos templos de Thebes, de Heliópolis y las pirámides de Egipto, amasadas con las lágrimas y con la sangre de esas bestias humanas. El Emperador Tito quiere dejar memoria de la tranquilidad del Imperio de Roma y una muestra de su potencia y cuarenta mil judíos bajo el azote del látigo levantan en poco tiempo la maravilla del anfiteatro Flavio. Era que los tardos bueyes, los generosos caballos, no podían subir a la cumbre de las pirámides, no podían llevar las cargas pesadas hasta los altos plintos del Coliseo.—Méjico, el Bajo y el Alto Perú tenían las víceras de sus montañas llenas de metales; pero no tenían bestias de carga para su explotación; y millones de indios bajo la férula de los sitibundos de oro, hacen la misma vida que una tropa de yeguas en un pisadero. Entonces no era la crueldad pagana, la ignorancia antigua los que regían el mundo: eran la Cruz y el Renacimiento que daban lustre a la Europa. Unos protectores de esos pobres animales Fray Juan de Silva y Monseñor de Las Casas, agitan el mundo contra esas infamias; un papa conmovido hace declarar en un Concilio que los indios tienen alma:—creen ustedes que esa esclavitud cruel en esa época de sincera religión cesó por la declaración papal? Muy equivocados están: cesó porque los millones de indios se acabaron y porque los animales se habían reproducido bastante en el fecundo suelo americano para sustituirlos con ventaja; más fuertes, más sufridos y sobre todo más callados y sin protectores. Desde entonces empezó en América la violenta explotación del ani-

mal, la que justificó el dicho generalizado de que América es el paraíso de la mujer—era—el purgatorio de los hombres y el infierno de los caballos. Dicho tan sólo criollo; ¡cómo si no pasara lo mismo en todo el resto del mundo! Y después de todo, esta América no es tan infierno para los caballos como en otras partes, por lo menos ahora. Habría que preguntárselo a la caballada, mejor dicho a la mancarronada vieja y maceta que en nuestra correcta neutralidad hemos enviado a los aliados en el campo de la guerra. Dirían esos matungos: “allá en la pampa toda asoleada, éramos unos pobres sotretas por los que ningún paisano hubiera dado 50 pesos. Un día nos quitaron del potrero ya talado, nos brindaron el rico maíz de la tierra; nos embarcaron en trenes de hacienda, que fueron más rápidos que los directos de pasajeros, nos apearon en el Paseo de Julio frente al parque Japonés y nuestro valor llegó allí a veces hasta 50 libras. Fuimos a Europa; ¡qué rica cebada nos escanciaban a bordo! Llegamos. ¡Qué fea es la pampa francesa en invierno! más pesada que los medanales y suarena blanca y fría; nos quedábamos metidos hasta la barriga peor que en un cangrejal; dicen que es la nieve. Con ese piso nos querían obligar al trote inglés, y claro, nos empacamos todos; entonces fuimos atados a unos carros pesados, y nadie recirdó que éramos criollos y que más que al pecho tiramos a la cincha; naturalmente, nos enredamos en los tiros y como allá nos hacían llevar anteojeras, prohibidas por la protectora, fuimos a caer con carro y todo en una zanja llena de milicos. Dos paisanos cuarteadoresi y la cosa se arreglaba; ¡pero qué, esos cristianos nos querían agarrar a mano por la derecha en lugar que por la izquierda. Allí había uno que nos conocía, el francés del almacén de Pigüé y con un piolín en la mano decía: “Je connais’ cá e’est le lazó”, quiso pialar a dos varas de distancia y claro, recibió una patada en un ojo. Salimos mal, nos mandaron a la retaguardia y concluimos casi todís carneados, como si no hubiera vacas. ¡Ni que fueran indios para

comer carne de potro! Yo que había sido caballo de vigilante, conocía un poco la nota del trompa "alto el fuego" y otros zafarranchos de combate; agachaba las orejas, me daba maña para trotar a la inglesa y me salvé por el momento".

La plácida filosofía de ese pobre matungo criollo que a la fecha seguramente ha muerto destripado por un fragmento de granada, sin haber emitido un lamento y que durante la noche fría, generoso aún después de la muerte, abierto su vientre, ha dado cálidas y rojas tibiezas a algún pobre soldado aterido por la escarcha; y él, el matungo sin ideales, ha prolongado por una noche la vida a uno que mañana seguirá luchando por un ideal; ese pobre y despreocupado animal criollo, desterrado y enviado a morir lejos no por ideales de neutralidad, sino por el simple interés, me hace recapacitar; mi enfermedad, la misantropía, ha hecho crisis, crisis benigna; me arranca el velo del pesimismo ante los ojos y sólo por esa tropilla de mancarrones, símbolo del criollismo más puro y más desinteresado, yo bajo las armas de la filosofía agriada, no quiero saber más nada del inútil e imposible problema a resolver: la redención completa de la esclavitud de los pobres animales, e, imitando a ellos, bondadoso como ellos, quiero recordarme de esos pobres con la filosofía amable y despreocupada, en la que ellos viven, agradeciendo en su nombre a la naturaleza severa, porque ha tenido la gran piedad de esconderle el significado de la muerte que desconocen por completo. Dichosos ellos los animales que entran inconscientes en el brete entre un montón de compañeros muertos o agonizantes, sin darse cuenta de la lúgubre escena final y por la que se va a terminar con ellos. Quizás y sin quizás para estos pobres hermanos es más felicidad una brusca muerte violenta que los sufrimientos de la extenuación de la muerte lenta en un campo inundado, que los martirios de la sed en una tierra árida y sin jagüeles.

Viendo así las cosas, no como deberían ser, sino tal cual

son, vuelve a brillar ante mi vista la importante misión de una Sociedad protectora de animales, la que con plena conciencia actúa no para eliminar la muerte, que, como he dicho, siendo violenta es más humana, sino para evitar sufrimientos que no conciden con la cultura moderna, y hacer más leve. menos torpe y por lo tanto con menos cargo de conciencia para el hombre, la esclavitud de estos seres inferiores, de los que nos hemos adueñado para disminuir nuestras fatigas, para vestirnos con sus lanas, calzarnos con sus pieles, alimentarnos con sus carnes. Yo creo que así considerados los animales, tal como comprende su misión vuestro ideal de protectores, será menos difícil conseguir de los brutos humanos —que los hay— un poco más de respeto, un poco más de gratitud hacia ellos que todo nos dan menos la vida futura. Por lo tanto, olviden ustedes al camello tal como lo pinté al principio, un pobre jorobado por la maldad humana: no ahora debemos mirarlo como el primer cooperador de nuestra evolución intelectual y material. El camello, es cierto, nació sin jorobas; pero ellas se han venido acumulando y agrandando al través de los siglos como rastro atávico y defensa que la naturaleza puso sobre sus lomos, siendo la primer bestia de carga con que contó el hombre; esas gibas honran a toda la especie, son sus pergaminos que certifican su antigua laboriosidad, tal como la mano callosa del labriego es mejor que la aterciopelada y blanca del asídúo frecuentante de las casas de juego.

Que el hombre llame a su testarudo amigo “burro”, a su torpe compañero “caballo” y a veces trate despechado de yegua, vaca y oveja a alguna alguien, siendo tan buenos esos animales no es un insulto sobre todo en el último caso, pues no hay que olvidar que el hombre en muchos casos es caballero y el caballero dice con Víctor Hugo: “N’insultez jamais la femme qui tombe”.

Los animales son los que mantienen viva la poesía, pues forman parte integrante de la naturaleza bella, pero anónima,

cooperativa, sin rasgos individuales que sobresalgan. Los recuerdos, aquellos recuerdos que en la ciudad o en el desierto árido y desolado resultan a veces la leña muerta del alma, se avivan como placeres purificados por el tiempo, sobre todo después de un gran dolor, al volver a ver la misma campiña, con los mismos árboles, la misma plácida siesta de las vacas mansas, que rumian, el mismo gorjeo bullanguero de los pájaros; "todo está como era entonces" dice el poeta; sin embargo después de tantos años allí la vida ha cambiado completamente; cayeron tantas hojas y verdearon tantas otras; las vacas fueron al sacrificio, pero quedaron otras iguales, como quedaron otros pájaros iguales que dan al hombre maduro y desencantado ya, la convicción de la plácida serena y eterna belleza de lo creado.

Y como es sugestiva la pampa, la pampa otrora desierta, cubierta hoy por océanos de espigas doradas, fruto de otras espigas maduras quien sabe donde en la noche de los tiempos y que vienen alimentando al hombre con el trabajo asiduo de los animales. Lentos y pacientes bueyes que desde el día que uncidos al tosco arado de mádera del patriarca primitivo, venís lentamente, asiduamente, con la inmensa paciencia de un animal, removiendo la gleba del mundo, bueyes benditos, ¡cuánta gratitud os debe el hombre que por vosotros ha llenado graneros, ha acallado el hambre y ha pedido a Dios que ese pan que vos le dais jamás falte a su hogar! ¡Oh buey! hermano e hijo de la gran prosapia a la que la humanidad debe completamente su existencia; leche, pan y carne son cosas tuyas; son las que necesita el pobre y el rico; por ellas se ha inventado el dinero; son el fundamento del mundo en la paz; son lo que más anhelan los pueblos en guerra. Y a nosotros que nos llamamos tus protectores y que no podemos dejar de ser tus protegidos, perdónanos nuestra pobre ilusión convencional; eres generoso y misericordioso y a tí rogamos que nos sigas dando el pan y la carne de cada día.

En tiempos apacibles en tierra de Francia, ¡oh, buey pia-

doso!, se celebraba tu fiesta simbólica, quizás único residuo de la gratitud y de la belleza pagana. Tú, buey graso y charolés, blanco como plata y rosada tu piel, todo adornado de rosas ibas triunfante caminando con tu lento paso por las calles de aquella que fué antigua Lutecia; ibas como antes al sacrificio, pero aplaudido, pero respetado como el símbolo aun viviente de todos los que fueron y que después de tí serán sacrificados. ¡Oh! tuviese yo aquí la copa murrina de Petronio colmada del capitoso Falerno para arrojar el vino generoso a tus manes y a los manes de aquellos sencillos y gordos vacunos argentinos, que salieron de tierra neutral, fueron a los ejércitos, pero—¡oh, diplomacia vacuna! sus carnes quedaron perfectamente neutrales, ¡como que eran de novillos!

Y desde que nuestros novillitos nos llevaron en pleno teatro de la conflagración, con mi pobre palabra quiero prestigiar la noble idea de la Sociedad Sarmiento que busca el modesto óbolo para enviar socorros a los animales que sufren en la guerra; los animales que no han sentido las pasiones y el odio que muerden con saña el espíritu exasperado de aquellos cristianos; esos pobres caballos que arrancados de los eternamente verdes pastizales de Irlanda, de los aromáticos pastoreos de los Cevennes, de los fértiles valles de Baviera, de las estepas extendidas y grandes como la pampa, esos caballos enloquecidos por el estampido de los obuses, agonizantes, lentamente hudiéndose en los cangrejales de los esteros de Matzuria, ateridos por el cierzo de las noches eternas de la guerra, arrastrados por las furias de las aguas de las digas abiertas, llevados en pos de la corriente a estrellar su craneo en los pilares derrumbados de puentes tronchados; todos esos caballos europeos han tenido por compañeros en la gran desdicha a unos 20.000 caballos criollos, arrancados de la serena y eterna paz de la pampa argentina. Reunamos el óbolo en obsequio y a la memoria de esos caballos nuestros, muertos quizás casi todos por países que no son su patria.

Nuestro óbolo irá recordándolos y va en ayuda de una bella idea que quizás en el desbarajuste de la guerra, en la miseria y en los lutos no puede tener allá muchos adherentes. Que nuestro óbolo sea chico no importa; quizás es mejor, pues en este momento en que el yodo, el cloroformo, el vendaje tanto escasea hasta para los hombres, yo no quiero que al golpe del metal sonante sean disputados esos remedios a la humanidad doliente; quiero sólo que ese dinero sea para hacerse del arma y del cartucho que den el golpe de gracia o se conviertan en el puñal "Misericordia" que arranque de una vez y rápidamente de los martirios a los animales que sufren por las inicuas querellas humanas.

Y entre tanta sangre, entre tanta matanza hecha en nombre de ideales altos, de supremacía de culturas, de necesidades imprescindibles de lucha, por supremacía de intereses materiales en esta guerra que puede llamarse, aunque impiamente Guerra Santa por lo mucho que se invoca en todas partes el Dios de la Victoria, en ese cúmulo de prevenciones, de convencionalismos, de crueldades que no han disipado veinte siglos de cristianismo y del triunfo de la cruz, la cruz de paz y piadosa, yo veo bien el significado, yo veo bien el símbolo, pues ha llegado el momento de que esa cruz emigre de los pueblos cristianos y empiece a servir de emblema para seres menos complicados, más obedientes, más abnegados; pero no la cruz roja, teñida voluntariamente de sangre, sino la cruz azul, de azul de cielo, como un anhelo que los protectores de animales en nombre de sus protegidos envían a lo alto, deseando que esta lucha de trogloditas primitivos entre cataclismos de la tierra aun no del todo apagada, cese de una vez y vuelvan esos obcecados a mirar alto hacia arriba al color confortante y plácido del azul infinito.

Y observen a estos animales que esperan confortes de la Cruz Azul.

¡Oh! pobres perros, como ha cambiado vuestra tarea; en Octubre de 1913 atados a los trineos de Amundsen, aca-

lorados en la helada noche antártica, llevaban penosamente hasta el eje del mundo los enseres y la bandera que flameara en el polo sur; dos años antes habían llevado los enseres y la bandera que flameara en el polo norte. Al declinar el pasado verano europeo iban todavía arrastrando por los caminos de Bélgica, pesada carga de tarros de leche, quintales y quintales de choux de Bruxelles; entonces servían en la paz. Después de Agosto abandonaron la granja, fueron reconcentrados como conscriptos y se les confiaron otras tareas. Son miembros efectivos, son socios eficaces de la Cruz Roja. A otros, más listos, más ágiles y más fieles se les ha confiado el estoico y desairado papel de espías; a todos ellos les ha tocado también el fragmento de granada, les ha tocado quizás también la condena medioeval de ser fusilados por una misión demasiado humana para ser comprendida por un perro. Y esos perros, piadosos enfermeros, obedientes en absoluto al hombre, han debido a la noche sobre la sábana helada de los campos de batalla del Este, ahuyentar a la tropilla de lobos hambrientos que venían a negar sepultura a los caídos. Cuando yo veo a estos abnegados servidores y salvadores del hombre, pienso que toda esa gente que se desangra, no podría hacer nada mejor para elevarse en el orden de los sentimientos, ya del todo embotados, que tratar de asemejarse al perro, que de candidato que era a la humanidad la ha sobrepasado por su perfección y desinterés, y que, por gratitud, la calidad que lo separa como por un abismo del hombre, desempeña cualquier papel y sin ideales, corre a la muerte. ¿Cuántos son los hombres que por gratitud hacia un animal se han hecho matar por él? y ¿cuántos son los animales que por este ideal purísimo se han sacrificado por el hombre?

En este abril pasado ¿qué habrá sido de las dulces cigüeñas las que entrelazaban sus rústicos nidos entre las chimeneas recién apagadas, entre los ángulos de los techos flamencos, sobre las ojivas de gótica arquitectura? tú dulce

cigüeña que eras el emblema de la quieta Strasburgo, tú, seguramente como tantas otras bandadas de pájaros peregrinos, tú seguramente no has podido atravesar los Cárpatos, no pudiste llegar a los Vosgos, tú, animal de paz, no pudiste en este año ser el ejemplo viviente, el símbolo del hogar prolífico, que reconoce en tí la casta pareja. Desiertas han quedado este año las costas bretonas; en los Países Bajos no ha nidificado el avefría. Los que iban llegando del sur, pudieron desviar encontrando felizmente algún rincón aun tranquilo; pero los que regresaban de los farallones noruegos, los que venían buscando las tibiezas de climas más benignos, encontraron la barrera de sangre y de fuego. Metidos con su vuelo derribado sobre las aguas del océano, sorprendidos por la tormenta que viene marchando de América, habrán caído extenuados sobre el ancho mar para ellos desconocido.

Y los hombres hoy en guerra maldicen o bendicen a las gaviotas.—El buque filaba despacio: las gaviotas blancas en la bonanza se hamacaban dulcemente en pos de la ola mansa y sin espuma del mar azul y quieto de un día sin brisa. Volvieron a tomar su vuelo las gaviotas y, curiosas y bullangueras, gritaban sus fuertes caquinos de aves siempre ridibundas, volitando en círculo al rededor de un raro objeto; el vigía miró allí intensamente: era el periscopio de un submarino que calculaba distancias, que aprestaba su rayo de muerte sobre el impreparado enemigo; el buque filó veloz, virando siempre en ángulos agudos, huyó del golpe mortal. Las aves fueron bendecidas, y, en las profundidades del abismo del océano fueron maldecidas. Las gaviotas levantaron resuelto su vuelo al azur y ahora sus caquinos ridibundos cantaban el himno de millares de vidas salvadas.

Los loros eran tenidos hasta ahora como adornos de jaulas por sus colores vivaces, o inocentes derivados de afectos no comprendidos para las núbiles algo maduras, y

fonógrafos inconscientes del soez vocabulario de arrabal, travesuras de alguna china criolla para horrorizar a las institutrices extranjeras. Esa es la misión de los loros en la paz; pero en esta hora tristísima de la guerra han cambiado de rol: sirven al hombre como atentas y expertas vigías que sondean y avisan los aun imperceptibles ruidos del espacio. En ambos campos se utilizan sus calidades y desde las más altas antenas de los telefukén, desde los más altos y escuetos brazos de la armazón de la Torre Eiffel, bandadas de loros multicolores, sosegados y tranquilos y esta vez bien alimentados, dan estridulo su grito de alarma, y las artillerías se preparan antes que el colosal pájaro cargado de instrumentos de muerte empiece a delinear su lejanísima silueta sobre las tierras asoladas por la lucha. La siniestra sombra del aeroplano que como lívida mancha ha corrido sobre techos, azoteas y plazas vuelve a achicarse nuevamente, sus golpes de hélice se amortiguan y se pierden ya por el crepitar de las ametralladoras. Se acalla al fin la estridula bullanga de los loros, pues el peligro ha pasado. Benditos sean los loros que más humanitarios que las articulaciones del convenio de la Haya tratan por sus pobres medios, una garganta ronca y desarmónica, en lo que les es humanamente—¿qué digo?— en lo que les es animalmente posible, tratan de reducir a la impotencia esa quinta arma de la cultura siniestra. Si el hombre arrancó con su genio el secreto del vuelo a él rehusado, quizás es inadmisibile para los loros, que esa conquista robada al pájaro, sea así profanada. Y gracias a vosotros, ¡oh, aves de un nombre casi ridículo!, gracias a vosotros ¡oh loros! el hombre que allá se ve por todos lados rodeado de las acechanzas de la muerte, pueda levantar alguna vez los ojos resignados hacia el cielo. Animalitos multicolores, sois dignos y más útiles descendientes del loro de Trafalgar.

Si el Congreso de la Haya no fuera la reunión más monumental de las mentiras convencionales e internacionales que han venido desde el principio del siglo fomentando la guerra con sus "arriére-pensées" bien firmes de la ley suprema del madrugón, yo llevaría ante ese tribunal a mis perros enfermeros, a mis loros, a mis gaviotas y a los más excelsos estrategas de los pueblos en lucha y le diría: He aquí estos guerreros; cualquiera que sea su nacionalidad, se han cubierto de gloria en cien batallas ganadas con millares de hombres inutilizados; en contraposición estos animales con su paciente obediencia, con su curiosidad inconsciente, con sus alarmas precavidas, en este gran entrevero de pueblos, han desbaratado algún plan, han salvado más de una vida; juzgad quien es mejor. Ese tribunal quizás se declarara incompetente, y, para desempeñar mejor su misión de paz, agregaría un artículo más, para "que los actos de los animales fueran tenidos en cuenta en una próxima guerra". Pero, ¡vive Dios! si los hombres son locos son también geniales; si el animal es esclavo, resignado y sumiso tiene también su pequeña voluntad y además su resistencia no responderá al esfuerzo inmenso que de él se exigirá en una guerra futura. Y yo veo en esa lucha inevitable, pues esa clase de locura parece que acompañará al hombre hasta su extinción, yo veo ya sustituir completamente a los animales con la maquinaria a bencina con los inconmensurables poderes de la electricidad, con toda la ciencia genial, en fin, complicada a matar, a herir, a curar, a destruir. Se prescindirá entonces en ese momento de los que fueron nuestra ayuda desde el principio del mundo; pues no responderán ya a las energías inmensas, a las crueldades más fulmíneas y más generales que se harán necesarias en ese paroxismo del orgullo del hombre, el que en la culminación de su inteligencia y de su poderío mal aplicados, creará marchar, sobre la destrucción, a su completo endiosamiento. Pero entonces los

hombres no serán ya tales: serán legión de demonios y la raza humana habrá abdicado de su esencia y de sus virtudes en otros seres a ella superiores: los animales.

CLEMENTE ONEILLI”.

Las bananas porteñas

Frente a la casa de los leones, desde años atrás venimos cultivando bananeros con el objeto de dar al mismo tiempo un poco de sombra al frente oeste de la jaula y un poco de ambiente tropical a los animales allí encerrados.

Estos plátanos han fructificado todos los años; pero de una manera tan raquítica y tan atrasada que llegaba el otoño y la fruta quedaba verde y constituída tan sólo por una cáscara verde y algunas semillas.

En este año, debido a las lluvias distribuidas como en una zona subtropical y a la falta de heladas durante el invierno, los veintiseis plátanos allí plantados han fructificado todos, dando cachos de los cuales uno ha alcanzado al peso de seis kilos y cada banana ha pesado más de cien gramos o sea como las que suelen venir del Paraguay y del norte de Corrientes.

Así nos hemos permitido el lujo de hacer amarillar la madurez de la fruta sobre la planta y nos hemos dado el gusto de compartir y saborear con los monos una banana porteña de sabor exquisito.



Fig. 10. — BANANERO DEL J. Z.



Fig. 11. — BANANAS DEL J. Z.

Movimiento administrativo del primer trimestre de 1915

Entradas al Jardín Zoológico en:

Enero	107.184	visitantes
Febrero	52.927	„
Marzo	68.024	„
<i>Total</i>	<u>228.135</u>	visitantes

Han viajado en los tranvías, cochecitos, petizos y camellos durante el mes de:

	Niños	Adultos	Producido
Enero	5.133	2.385	\$ 1.240.—
Febrero	2.419	1.154	„ 586.10
Marzo	3.395	1.946	„ 877.95
<i>Totales</i>	<u>10.947</u>	<u>5.485</u>	<u>\$ 2.704.05</u>

Ingreso en la Tesorería Municipal en:

Enero	\$ 9.490.95
Febrero	6.547.10
Marzo	„ 9.152.85
<i>Total</i>	<u>\$ 25.190.90</u>

Se ha consumido:

Forraje seco	140.235	kilos
Granos en general	39.875	„
Pan	13.473	„
Leche	1.082	litros
Pasto verde	90	carradas
Caballos carneados	205	animales
Carne especial	90	piernas de ternera



PABELLÓN DEL ÁGUILA



SUCURSAL DE LA CONFITERIA DEL AGUILA

Santiago Canale

Lujoso Establecimiento en el Jardín Zoológico

=====
BAR, CONFITERIA

=====
LUNCH, ETC. =====

Abierto desde las 7 a. m. hasta las 5 p. m.

=====
**Con una entrada especial sobre la Avenida Sarmiento
frente á la Sociedad Rural**

